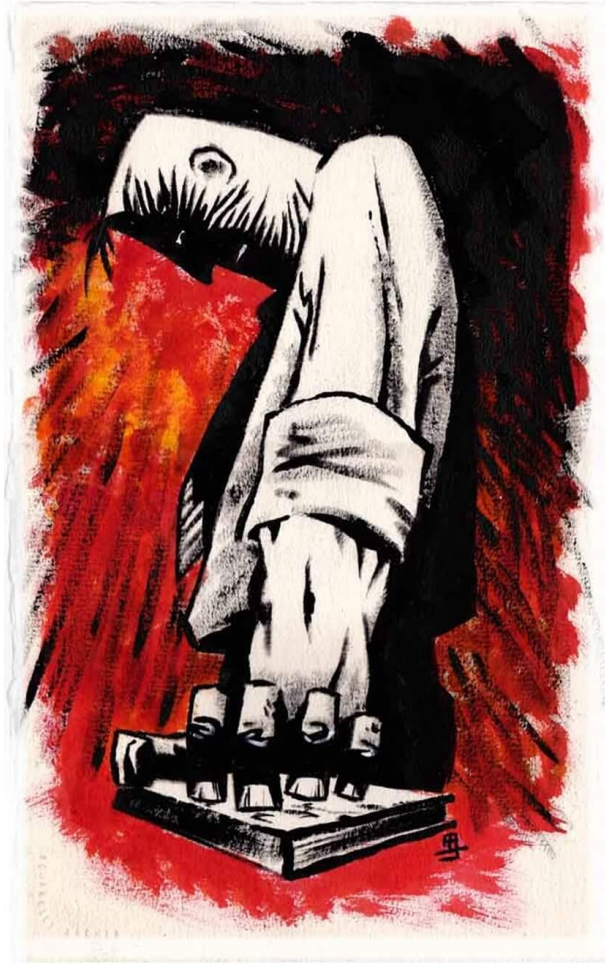


La Cadena



Y otros relatos

Jorge Oscar Rossi

Liter Área Fantástica



Yo soy....



Me llamo Jorge Oscar Rossi. Nací en 1965, en Lanús, una ciudad ubicada en la Provincia de Buenos Aires, República Argentina.

Desde que aprendí a leer me apasioné por la ciencia ficción y la literatura fantástica en general. También me gusta el género policial, en todas sus variantes. A los diez años gané mi primer concurso literario. El premio fue un ejemplar de «El que acecha en el Umbral» de Lovecraft.

LA CADENA

y otros relatos

Jorge Oscar Rossi

(c) Jorge Oscar Rossi, 2021

Sitio Web: www.literareafantastica.com.ar

Ilustración de Ebenezer Holt, realizada para acompañar la publicación del cuento "La Cadena" en el N° 5 bis de "La Estela de Luveh-Kerapt", Revista Electrónica de la Nueva Logia del Tentáculo

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia sin permiso previo del editor.

INDICE

LA LLAMADA...	4
SPOCKY, EL GUARDIAN...	8
HACIENDO BURBUJAS...	13
CUESTIÓN DE LIMITES...	16
LA CADENA...	17
FÁBULA DESMORALIZADORA...	21
INTERCAMBIO CULTURAL...	22
MI MUERTE ES AZUL...	23
ERROR...	26
LA HIJA, EL VIEJO Y EL SEÑOR RAMÍREZ...	27
VERDE CALIPSO...	31
LOS DIAS DE LA TREGUA...	36
LOS NEGROS PERROS CALLEJEROS...	39

~~

LA LLAMADA

El hedor se anunciaba desde cincuenta metros, o más.

Primero era algo dulzón, después era insoportablemente dulzón.

Cuando llegué a la puerta me tuve que parar, en parte porque estaba aturdido por tanto ladrido de los perros y en parte porque ahora el olor era simplemente asqueroso, no hay otra palabra.

No soy de estomago delicado ni mucho menos, pero me vinieron arcadas.

Me sobrepuse, uno se sobrepone a casi todo, y abrí la puerta.

Todo estaba normal a la vista, me dije después de vomitar. Al olfato, en cambio, era “lo más podrido”, “la putrefacción”, no sé como definirlo.

Con un pañuelo tapando boca y nariz y tratando de respirar lo menos posible me metí en mi casa. Como dije, todo lucía normal a la luz de la tarde.

Bueno, no todo.

En la mesada de la cocina estaba la fuente de la putridez. Una cosa roja llena de gusanos blancos que tardé en reconocer como la carne que Silvia había sacado del freezer esa mañana.

No me pregunten de donde encontré la fuerza, pero metí la carne agusanada en una bolsa, fui al patio, puse la bolsa en un tacho que uso para quemar basura, le eché kerosén y le prendí fuego. Disfrute viendo como se quemaba.

Después abrí todas las ventanas y gasté un aerosol para ambientes y aún así no logré que el olor se fuera del todo.

Silvia lo notó apenas llegó.

- ¿Qué es este olor de mierda? - Mi esposa no se caracteriza por los eufemismos.

- La carne que íbamos a comer esta noche- Le contesté.

Vivimos en una granja, pero la carne se compra en la carnicería del pueblo. Mi mujer y yo trabajamos en el pueblo, porque la granja apenas da para sobrevivir. Salvo gallinas y conejos, no criamos otro animal. De pronto, Silvia se acordó de algo:

- ¿Por qué no está en casa Tito? ¿Dónde está Tito? -

Buena pregunta: ¿Dónde estaba el tarado de mi cuñado?

No necesité contestarle a Silvia porque, como si esas palabras hubiesen obrado a modo de invocación, apareció el objeto de sus desvelos.

Tito es alto y gordo, una masa de 1,85 con 120 kilos, siempre vestido con pantalones vaqueros y camisa a cuadros, de manga larga y tela gruesa en invierno, de manga corta y tela fina en verano; siempre calzado con zapatillas baratas y siempre adornada su redonda cara de niño grande con esa expresión boquiabierto y de ojos entrecerrados que muestra, para el que quiera ver, la viva imagen de la imbecilidad.

Bueno, esto se los digo a ustedes. Con mi esposa no me expreso en estos términos. La última vez que le dije algo parecido fue hace cinco años.

Tito es un alma sensible, como la mayoría de los tarados. A veinte metros de la entrada de casa captó el olor. Lo demostró con un aullido acompañado de profuso baboseo y veloz carrera hasta terminar estampado a un viejo roble. Quedó abrazado al árbol hasta que mi esposa lo fue a buscar.

Mi cuñado tiene retraso mental de nacimiento. Hace quince años, cuando me casé, creí soportar su presencia. Todavía vivían mis suegros y ellos se hacían cargo del hijito. Los viejos murieron, hace cinco años, el día del ovni, y eso fue el comienzo del fin. Por lo menos, para mí.

Ahora no lo soporto y mi mujer cada vez me soporta menos porque yo no soporto al hermanito. Me haría borracho si me gustara el alcohol, pero tengo la desgracia de estar condenado a la lucidez.

Ver a Tito abrazado al árbol, berreando y llorando me hizo acordar al día del ovni.

Fue hace cinco años, creo que ya lo dije. Mis suegros volvían del pueblo en la camioneta y se mataron en un accidente idiota. Me avisó la policía por teléfono. Fuimos con Silvia y, a medio camino para llegar al pueblo, estaba la camioneta, dada vuelta y apoyada contra un árbol. El techo se veía aplastado como si le hubieran dado un mazazo. Los dos viejos estaban tan muertos como cabía imaginar. Silvia no quiso verlos, así que yo tuve que hacerme cargo del reconocimiento. Los velamos a cajón cerrado. ¿Alguna vez tiraron un zapallo contra el piso?: Así les quedó la cabeza a los dos.

Mi suegro andaba por los setenta y siete años y su vista no era la mejor como para manejar de noche, aunque fuera una noche despejada y con luna llena como esa. Igual, es difícil explicar cómo pudo volcar así, en un camino recto y sin ningún otro vehículo que lo moleste.

La explicación de Tito fue que la culpa había sido del ovni.

Ahora que lo pienso, olvidé contar que Tito también iba en la camioneta, en la parte de atrás, que no tiene techo. La policía nos dijo que lo encontraron al lado del vehículo, abrazado al árbol, berreando y llorando, como ahora.

Su explicación, como dije, fue que un ovni los atacó, lo cual no resultó satisfactorio para nadie y no hizo más que confirmar que el desgraciado era un completo idiota. Velamos y enterramos a los viejos, la policía olvidó el asunto, Silvia y yo nos hicimos cargo de Tito y así iniciamos un lustro de vida bastante miserable, para que negarlo.

Según Tito, el ovni era una cosa grande, ovalada y negra, “más negra que el negro de la noche”, son sus palabras, y con una estrella en el medio. Dibujó una estrella de ocho puntas para reafirmar sus palabras y solo confirmó que era un pésimo dibujante. No quiso dibujar el ovni entero, solo la estrella. Se exaltaba cuando mi mujer se lo pedía. Según Silvia, a su hermanito siempre lo habían “fascinado” (sic) los ovnis.

Lo único que puedo decir es que el muy infeliz estorbó con esa historia una semana, hasta que me harté y le grité que era un tarado y Silvia me gritó que no le dijera eso a su hermano y yo le grité que se lo decía porque era un tarado y Tito empezó a llorar y Silvia y yo gritamos y peleamos y no nos matamos por pura casualidad.

Desde esa vez me guardo mis pensamientos sobre Tito.

Ahora, Silvia volvió a calmar a su hermano, como lo calmó el día del ovni.

La cosa no hubiera pasado a mayores si no fuera por lo de las gallinas.

Dos días después de lo de la carne podrida me desperté por lo que creí era una pesadilla. Soñaba que me ahogaba en un barro inmundado y, cuando parecía que me moría, abrí los ojos y vi que estaba en mi cama. Lo que no desapareció fue el olor. De hecho, el olor me golpeó en la nariz como si fuera algo tangible, como si una masa de mierda se me abalanzara y me tapara, aunque no era olor a mierda, no sé si se entiende.

Los aullidos de Tito me evitaron el trabajo de despertar a Silvia. Por lo general, como toma sedantes o ansiolíticos o algunas de esas porquerías, ella duerme como un tronco. Sin embargo, tiene el oído muy sensible para los lamentos del hermanito.

Abreviando, el gallinero se había convertido en un depósito de pedazos de carne increíblemente podrida, con los gusanos más grandes que nunca haya visto. En eso, en carne podrida se habían convertido mis treinta gallinas.

Para variar, Tito lloraba y baboseaba abrazado a un árbol.

Esta vez me asusté, lo confieso. Me importaba un carajo el ataque de mi cuñado, pero lo de las gallinas me asustó. Me pasé toda la noche quemándolas, pero dejé una, a pesar del olor, de las protestas de Silvia y de los aullidos de Tito.

Apenas amaneció fui a buscar al veterinario. Lo saqué de la cama y me lo traje a la granja a las apuradas, los veinte kilómetros a cien por hora.

El veterinario es un tipo de confianza que trabaja hace mucho en el pueblo. Vio la carne podrida que alguna vez había sido una gallina bataraza, contuvo las arcadas, y con un gesto me indicó que la podía hacer desaparecer.

Cuando se recompuso me dijo la cosa más interesante que había escuchado en los últimos años:

– Es igual al perro del día del accidente de sus suegros.

– ¿Qué perro?-, Le pregunté casi como un autómata.

– Cuando la policía llegó al lugar del accidente, encontró como a veinte metros un perro en ese estado. Estaba medio oculto en unas matas de pasto, pero se dieron cuenta por el olor. Me avisaron, porque les pareció algo raro y lo fui a buscar.

-Nadie me avisó de eso.

-Nunca se lo relacionó con el accidente, tal vez por eso...

-¿Y que tenía el perro?

– A la vista estaba podrido como si después de muerto hubiera quedado expuesto al calor por días.

– Pero era invierno...

-Sí, y dije “a la vista”, porque el olor que tenía no era el de la carne podrida. Oía...como esto de hoy de las gallinas.

Además, los gusanos...

– ¿Qué pasa con los gusanos?

-¿Alguna vez vio gusanos tan grandes como estos?

Le contesté que nunca había visto carne agusanada, hasta unos días atrás. Me miró con cara de preguntar y le conté lo de la carne del otro día. No dijo nada, así que insistí:

– ¿Qué pasa con los gusanos?

-Ah, sí. El tamaño. Nunca vi gusanos blancos tan grandes.

-Y, al final ¿qué hizo con lo del perro? ¿Aviso a alguien?

-No, es decir, lo comenté con algunos colegas, pero no pasó de ahí.

Después que se fue el veterinario tuve una corazonada, o una inspiración, o algo por el estilo.

Siempre que podía, evitaba hablar con mi cuñado, pero esta vez lo fui a buscar a su habitación, donde se solía encerrar. A veces pasaba horas ahí. Hacía dibujos o cortaba papeles o idioteces así. Abrí la puerta sin golpear y lo vi tirado en la cama, mirando el techo. En la pared donde pegaba sus dibujitos, vi varios papeles con algo que debía ser el famoso ovni: óvalos con estrellas de ocho puntas en versiones blanco y negro y a color, todas horribles. Antes no estaban. Tito ni me miró.

Me acerqué y sin mayores preámbulos le dije:

-Decime Tito, ¿el día del ovni vos viste algún perro por ahí?

Ahora sí me miró. Me miró como si el retrasado mental fuera yo.

-Era un perro bueno.

-Sí, claro...-¿Qué se puede responder a esa declaración?. Insistí:

– ¿Estaba como ahora las gallinas?

-Fue el ovni...es malo...

-Claro, claro, el ovni quiere matar animales- le seguí la corriente.

-No.

-¿No?

-No.

-¿Y qué quiere?

-Quiere matarme a mí- Me lo dijo como un niño que cuenta una travesura, en voz baja y con una sonrisa pícaro que le sentaba tan ridícula como puede suponerse.

No me di por vencido:

-Ah, mira vos, ¿y por qué quiere matarte?

-Porque lo llamé.

-¿Y cómo lo llamaste?

-Lo dibujé- me dijo el tonto, señalándome los mamarrachos pegados a la pared.

En ese punto, estuve por irme, hasta que me acordé que después del día del ovni, mi cuñadito no había querido dibujarlo “de cuerpo entero”. ¿Cuándo habrá empezado a hacerlo de nuevo?

-A ver, ¿y por qué no te mató?- le repliqué, como un padre que se burla de su hijo medio idiota.

-Por el árbol.

Tengo que admitir que, a pesar de lo tonto que parecía todo, esto último me encendió una alerta en los pelos de la nuca.

-¿Qué árbol?

-Cualquier árbol...no le gustan los árboles al ovni.

-¿Cómo sabés?

-No le gustan los árboles al ovni.

-Sí, pero ¿cómo sabés eso?

-No le gustan los árboles al ovni.

Era inútil, podíamos estar tres días, así que me fui.

Había una cosa que no me cerraba en todo esto, siempre y cuando estuviera en lo correcto:

¿Dónde estaba Tito el día de la carne podrida?

Volver y preguntarle no era lo conveniente. Ahora se había fijado en “No le gustan los árboles al ovni” y podía quedar monotemático unas cuantas horas. Opté por preguntarle a Silvia.

¿Alguna vez les pasó que sus esposas, novias o amantes les digan que ustedes no las escuchan? ¿Sí? Entonces

entenderán lo que sigue. Mi mujer, absolutamente ofendida, me comunicó que ya me había dicho que Tito le había contado que estaba en su pieza, dibujando, y el olor le dio asco y salió corriendo, pobrecito.

Silvia jamás iba a admitir dos cosas: que nunca me había contado esto y que escuchaba lo que le decía su hermanito como esas madres van con sus niñitos, sin prestarle atención a sus parloteos, pero “haciendo como” que los escuchan. Como no iba a admitirlo, dejé las cosas así y aproveché para alejarme de ella, de su enojo y de su histeria por lo de las gallinas. Lo que menos necesitaba era una loca a mi lado.

Me quedaban los conejos.

La primera noche, no pasó nada.

La segunda, tampoco, y ya estaba por renunciar a hacer guardia nocturna. Decidí un último intento.

La tercera noche apareció Tito.

Yo miraba desde la ventana que da al jaulón donde están los conejos. Si Tito fuera alguien normal, diría que tenía insomnio y salió a caminar. A la noche dejamos una luz encendida en el patio, así que pude ver que mi cuñado tenía cara de asustado y hablaba solo.

Después sentí el olor.

No apareció tenuemente para luego ir ganando fuerza. Nada de eso. El olor vino como una vaharada violenta, todo de una vez, por decirlo de alguna manera.

Lo que siguió fue muy rápido. Tardaré mucho más en contarlo:

Tito aulló y yo salí al patio. Lo vi correr a árbol más cercano y, no me pregunten porqué, sentí que tenía que mirar para arriba.

Ahí fue cuando vi al ovni.

Era una cosa grande, irregularmente ovalada y negra, “más negra que el negro de la noche”, como diría Tito, y con una estrella amarilla de ocho puntas en el medio. Pero no era un ovni. Quiero decir, no era un objeto. Era un ser, era algo vivo que se agrandaba y se encogía, con el ritmo de una respiración. La estrella crecía y se achicaba, como un corazón latiendo. No digo que respirara ni que latiera, pero estaba viva. Podía sentirlo. En el centro de la estrella algo se abría...como una boca.

Supe lo que tenía que hacer y no le voy a echar la culpa a esa cosa que ahora había convertido a mis conejos en carne podrida.

Arranqué a Tito del árbol, lo pateé, lo empujé, lo golpeé y lo tiré al suelo, para que eso que estaba arriba se sirviera a gusto.

A mí no me hizo nada, venía por mi cuñado. Lo vi pudrirse y agusanarse en silencio.

Escuché los gritos de Silvia.

Mi matrimonio y mi vida se iban a la mierda, pero me sentí feliz.

© Jorge Oscar Rossi, noviembre de 2007

~~

SPOCKY, EL GUARDIAN

Spocky estaba excitado. Veía a la Cosa y eso lo ponía terriblemente nervioso.

Martín, en cambio, solo tenía ojos para Mercedes.

Mercedes, a su vez, se limitaba a gemir penosamente.

La Cosa, por su parte, se sentía feliz.

Otras veces, muchas veces, Martín tenía ojos para otras mujeres. Ojos y palabras. Tenía la mente de llena de otras mujeres. Primero pensó que quería sexo. Después se le ocurrió que buscaba una amistad clandestina. Más tarde creyó que en realidad necesitaba las dos cosas. Ahora no tenía la menor idea de porqué, constantemente, patéticamente, trataba de conseguir que una mujer que no fuera su esposa le prestara atención. Tal vez, más que sexo, necesitaba sentirse deseado por una hembra ajena, porque jamás se le ocurrió pagarse una puta.

Martín buscaba mujeres por Internet desde hacía seis años sin otro resultado que el fracaso. Su mayor logro fueron dos encuentros en sendos bares con distintas mujeres. Una era hermosa y tal vez loca y la otra era una gorda mentirosa.

La hermosa y loca lo hizo calentar y, antes que pudiera pasar nada, desapareció del ciberespacio y, recién ahí, él se dio cuenta que ni siquiera tenía su teléfono y se sintió muy estúpido.

La gorda le dio el celular la primera vez que chatearon y luego hablaron varias veces y quedaron en encontrarse. Cuando la vio tuvo ganas de huir, pero se comportó como un caballerito tonto y no le pasó por la cabeza decirle que las fotos que ella le había mandado no reflejaban sus muchísimos y pésimamente distribuidos kilos. Esta vez se sintió engañado.

No obstante, siguió chateando y fracasando e ilusionándose y desilusionándose una y otra vez. Era persistente en esa desgraciada rutina y a veces pensaba que, en el fondo, disfrutaba con la previsibilidad de sus fracasos.

Mercedes era una buena mujer, una gran mujer, casi demasiado para él, se decía, pero Martín necesitaba “otra cosa”.

Los chateos clandestinos habían aumentado su ración de Culpa de manera desproporcionada. Era un marido fiel muy culposo por sus sueños de infidelidad.

Ahora Mercedes se moría.

Spocky no lo soportó más y tiró unos cuantos manotazos en dirección a la Cosa.

Martín, al lado de la cama, siguió mirando a su mujer, tan impotente como ya era costumbre.

Mercedes pareció morir, pero en realidad, esa era la forma en que últimamente se quedaba dormida.

La Cosa se habría estrujado las manos de placer, de haber tenido manos.

Ahora una parte de la mente de Martín sufría por Mercedes. Otra parte pensaba en *Viviana*. O *viviarg*, su nick en Odigo, o *vivi*, según usaba en el msn. O *Monica Viviana*, como le había dicho por mail. Era hermosa, si la foto no mentía; y era muy agradable al chatear. Tenían gustos comunes.

Martín sabía que se encontraba en su ya muy conocida fase de “ilusión”, a la que con seguridad seguiría la de “fracaso total”. *Viviana* o *viviarg* o *vivi* o *Monica Viviana* desaparecería pronto o le confesaría que pesaba ciento cincuenta kilos o que era un hombre. O peor, no le contestaría sus mensajes. Siempre pasaba, siempre.

Pero era su fase de ilusión y por el rabillo de la mente imaginaba que *Viviana* o *viviarg* o *vivi* o *Monica Viviana* (¿cómo llamarla?) pensaba en él. Mientras tanto, Mercedes seguía muriendo.

Spocky, desesperado, soltó algo que, más que el típico maullar al que los tenía acostumbrados, pareció un largo y furioso rugido.

Martín, molesto, echó al ruidoso gato, amagándole una patada.

Mercedes, sobresaltada, se despertó.

La Cosa, a pesar de no tener ojos, contempló la escena con deleite.

Su mujer muriendo de cáncer de pulmón y él pensando si una desconocida lo extrañaba. Martín se retorció por dentro. Se sentía sucio, asqueroso, vil, cobarde y repugnante. Deseaba que *Viviana viviarg vivi Monica Viviana* lo consolase, lo que lo hacía sentir todavía más sucio, asqueroso, vil, cobarde y repugnante.

– Tenés que dormir, mi amor... te hace bien. – sugirió Martín. A Mercedes hacía meses que nada le hacía bien. Estaba extremadamente delgada, pálida y con las huellas de la fallida quimioterapia a flor de piel. Cuando en el hospital lo autorizaron a llevársela a la casa, ni Martín, ni los padres de Mercedes, ni nadie pensó que le estaban dando el alta. “Dos días”, le dijeron, y hoy era el segundo.

El dormitorio semejaba una habitación del hospital, con el suero, el tubo de oxígeno y las persianas bajas. Su mujer había querido volver a casa y así se hizo.

– ¿Qué fue eso? - preguntó Mercedes.

– Spocky, nada más... está aburrido y hace lío.

La Cosa se alegró de que la bestia se fuera de la habitación. No le gustaba ser observada mientras comía.

Spocky se estremecía en la cocina. Todo vibraba más que de costumbre y el olor de Mercedes era cada vez más parecido al olor de la Cosa. Un olor malo, demasiado picante, demasiado salado, demasiado caliente. El olor de Martín tampoco estaba bien. Toda la casa vibraba y olía raro y eso lo inquietaba.

El cáncer de Mercedes y la culpa de Martín tenían un sabor parecido, pensó la Cosa, mientras veía la enorme excrecencia violeta que salía del pecho de la mujer y de la cabeza del hombre, extendiendo algo como tentáculos (la excrecencia, la Cosa no tenía tentáculos, era absolutamente informe).

Los tentáculos del cáncer y la culpa crecían y se retorcían, maduraban y engordaban, se desplegaban y endurecían y ahí, precisamente ahí, la Cosa se abalanzaba para comer las puntas más suculentas, más picantes, más saladas, más calientes y ahí, precisamente ahí, Mercedes gemía de dolor y Martín gruñía de vergüenza.

Spocky sentía el placer de la Cosa, sentía el dolor de Mercedes, sentía la culpa de Martín y temblaba, cada vez más nervioso. Quería huir y quería atacar. El olor malo-picante-salado-caliente era cada vez más fuerte y se le pegaba a la nariz y a los bigotes.

Martín había llevado la notebook al dormitorio, para estar cerca de Mercedes...y de *Viviana viviarg vivi Monica Viviana*. Miraba alternativamente la cama, donde su mujer dormía con un sueño que parecía la muerte; y la pantalla, donde el messenger le decía que *vivi* (ahí era *vivi*) estaba desconectada. Estaba solo...eso creía.

La Cosa esperaba nuevos y jugosos tentáculos. Siempre tenía hambre. Estaba en el lugar perfecto, salvo por esa bestia blanca y de ojos celestes que de tanto en tanto la hostigaba. A diferencia de los humanos, la bestia podía verla, podía olerla; la Cosa lo sabía.

Los tentáculos del cáncer, de la culpa, del fracaso, del miedo y del deseo crecían lentamente. Los que salían del pecho de Mercedes eran un poco más grandes que los que emergían de la cabeza de Martín. Violeta oscuro con algunos manchones claros, como tumores, parecían flamear, mecidos por un viento suave y cambiante, como tallos de una planta enferma, como brazos podridos de una criatura asquerosa. Flotaban en el dormitorio y se enredaban, tentáculos del cáncer y tentáculos de la culpa, en una danza al son de una melodía inhumana.

La Cosa cantaba.

Su canción era vieja como la propia Cosa y como el Universo mismo y no estaba hecha para ser escuchada por hombres o mujeres. Su Ritmo era obra de Dioses que eran inmensamente antiguos hace cientos de millones de años, si es que se puede hablar de antigüedad para aquellos que viven fuera del tiempo.

viviarg se conectó, quedó no disponible y tres segundos después se desconectó, para absoluta furia de Martín, quien no podía creer lo que esa puta le había hecho. ¡Siempre igual, todas eran unas putas y él siempre era el mismo pelotudo! Tenía ganas de gritar y de llorar de la bronca. Los jadeos de Mercedes lo sobresaltaron.

La mujer se ahogaba y el hombre no sabía qué hacer, excepto gritar. La Cosa devoraba gordos tentáculos violetas. La excrecencia aumentaba sin control, cubriendo el techo y las paredes, atravesando muebles y seres.

Spocky entró al dormitorio a la carrera y se lanzó contra la Cosa. Martín solo vio cuando el gato aterrizó en la cama, sobre el pecho de Mercedes, que agonizaba. Lo sacó a manotazos, en medio de puteadas.

Spocky se quedó al pie de la cama, su blanco pelo erizado, la boca abierta y los ojos celestes mirando fijamente a la Cosa y resoplando con ferocidad.

Para Martín, el gato de Mercedes se había desquiciado y ahora parecía una estatua que contemplaba el vacío con las orejas pegadas al cráneo y rostro desprovisto de expresión, de cuya boca salía algo como un fuerte soplo.

Para la Cosa, la bestia entonaba el Himno Arquetípico, el Sello que le ordenaba retirarse, la canción que los humanos no podían oír.

Spocky vio que la Cosa se encogía hasta desaparecer. No lo atribuyó a su bufido pues solo era un gato casero. De vez en cuando tenía necesidad de hablar así, especialmente cuando algo lo ponía nervioso y lo hacía enojar. ¿Qué puede saber un gato de Sellos y canciones? Solo sintió que la casa ya no vibraba tanto y que el olor se había ido. Quedaban sí, los tentáculos violetas saliendo de la cabeza de Martín, como ya viera muchas veces. En cambio, los tentáculos del pecho de Mercedes también se habían ido. Tenía hambre.

Mercedes estaba muerta. “Dos días”, dijeron los médicos, con toda su ciencia, y fueron dos días. Había querido morir en su casa, en su cama y así fue.

Martín pensó que se había quedado solo. No tenía a nadie, ni padres, ni hermanos, ni primos. Ni gato tenía, porque Spocky siempre fue el gato de Mercedes. A él no le gustaban los gatos. Hablando de padres, tenía que llamar a los padres de Mercedes, tenía que hacer algo...

Fue hacia el teléfono y al pasar frente a la notebook vio el mensaje:

“vivi: bolaaa...se me cayó la conexión...como estas?... te extrañó...”

Al leerlo, (*jella lo extrañaba!*), Martín no pudo evitar un estremecimiento de placer.

© Jorge Oscar Rossi, agosto de 2007

~~

HACIENDO BURBUJAS

De cuando era chico, lo primero que recuerdo es el miedo. Un miedo constante, un miedo anidado en el estómago y asiduo visitante de manos y piernas temblorosas. Un miedo básico que me acompañaba durante el día y poblaba mi mente en las noches.

Mis padres me consideraban retraído y frágil y me trataban como a un pobre infeliz a quien hay que cuidar mucho. Eso sí, no me decían pobre infeliz; me decían Juancito y chiquito y querido y bebido de mamita y esas cosas cariñosas que se le dicen a los pobres infelices mientras se los sobreprotege.

La psicoterapia me enseñó que mi padre me consideró un fracaso personal y mi madre, en cambio, entendió que yo era un castigo del Señor. Ambos me odiaron calladamente por eso y yo les correspondí con igual o mayor odio subterráneo. Exteriormente, nos amábamos mucho. Dejé a mi psicólogo y lo odié también a él luego de saber esto. Así terminó mi terapia, con nuevos odios conscientes y viejos miedos ocultos.

Vivo solo y no tengo demasiados amigos. En realidad, más que amigos, son conocidos. No digo que no pase momentos agradables y hasta graciosos con algunos de ellos de vez en cuando, pero, en general, estoy solo.

A veces siento que me gustaría morirme. En realidad, muchas veces. Sin embargo, de chico tenía un absoluto terror a la muerte.

Algunas noches, en la cama y con la luz apagada, hacía el siguiente ejercicio: Cierro los ojos e imagino que me muero. Imagino que ya “no soy”, que todo terminó, que nunca más seré, que se acabó; y cuando estoy en eso, algo aparecía desde el fondo de mi mente y como un latigazo me golpeaba con una imagen que me dice que eso va a pasar, que voy a morirme, que llegará el día en que ya no exista, que no voy a estar más, que no voy a pensar más, que no voy a sentir más, que no voy a ser más...

La absoluta certidumbre de que, como todos, voy a dejar de *ser*, me dejaba despierto toda la noche.

Todo iba más o menos así, tan mal como le va a cualquiera, hasta que encontré la pipa.

Me gustan las pipas. Siempre me gustaron. Durante años fantasee con la idea de comprarme una. Cuando lo hice, tardé un año en animarme a fumar.

Llegué a tener tres pipas baratas, pero bonitas, y fumaba una vez por semana o cada quince días.

Me encanta fumar en pipa. Es un rito que lleva poco más de una hora y me resulta el mejor relax, pero luego no puedo evitar imaginarme consumido por variados canceres de boca, labios, garganta, pulmón o una combinación de ellos.

Hay algo extremadamente cobarde en mí y, por lo general, me la paso esperando lo peor.

La cobardía y el deseo llegaron a un acuerdo que no deja satisfecha a ninguna de las partes y por eso es que solo fumo una vez por semana o cada quincena, según como vaya mi temor.

En compensación, gasto bastante tiempo mirando pipas en las vidrieras de las tabaquerías y en Internet.

Encontré a la pipa sin buscarla.

Tenía que hacer tiempo porque me faltaba más de una hora para ir al dentista y decidí ir caminando porque la tarde estaba fresca. Atravesé una plaza llena de puestos de artesanos. Por lo general, no suelo mirar artesanías porque la inmensa mayoría me parecen pura basura, pero algo me llevó a ver lo que había en un puesto dedicado a cosas “orientales”. Digo así porque era un zafarrancho de réplicas de las pirámides, efigies egipcias, cassetes de música “árabe”, velos y ropa de pseudoodaliscas y, en perfecta desarmonía, estatuitas de buda, símbolos del ying y yang, libros de feng shui, más un largo etcétera...y, como escondida, la pipa.

Me explicaron que era una pipa de agua tipo «hindú kush», de bronce, desarmable y labrada finamente a mano.

El mecanismo es como el de un narguile; esto quiere decir que el humo se filtra con el agua, y mediante un burbujeo se dirige hacia la boquilla.

Me sedujo su aspecto y, en especial, el hecho de que no tenía ni idea de que existiera algo así. Conocía los narguiles, por las películas, pero esto era muy distinto exteriormente, aunque funcionara igual.

Un narguile es similar una botella de vidrio no muy grande ni muy pequeña, con un largo tubo de metal que parece un embudo y en la parte de arriba de este tubo se coloca el tabaco, y encima de este el carbón. Por otro espacio del cuello de la botella se ponen unas boquillas flexibles que no llegan a tocar el agua y de allí se fuma.

Esta pipa, en cambio, tiene una base de bronce donde va el agua y de ahí salen dos tubos, uno recto que sube y termina en la cazoleta donde va el tabaco y otro curvo que finaliza en la boquilla. Visualmente, tiene bastante parecido con el formato de una pipa curva común, solo que es dorada, salvo la boquilla y la cazoleta, que son de color negro. La base de bronce está decorada con inscripciones en algo que me pareció árabe, pero que puede ser turco o sumerio o cualquier cosa, dada mi ignorancia en el tema.

Como sea, quede fascinado al verla. Pregunté el precio y era barata, no sospechosamente barata, pero entraba perfectamente en mis posibilidades. El vendedor no sabía mucho más de lo que me había dicho al principio. Era un muchacho apenas salido de la adolescencia, pelilargo y granuliento, con una barbita deshinchada. Solo agregó que estas pipas servían para fumar tabaco y “otras cosas” y me miró con una patética sonrisa cómplice.

Por supuesto que sabía que había pipas para drogarse y, luego, en Internet, la mayor información sobre las “pipas de agua”, como mi hindú kush, la conseguí de sitios dedicados a los drogonos. Desde marihuana, pasando por hachís, hasta hongos, de todo quemaban esos infelices. La idea era darse un viaje. Sentí bastante asco por la mayoría de las cosas que leí.

Por mi parte, decidí probar con tabaco común.

La experiencia fue desalentadora. Sin un carbón encendido en la cazoleta, como hacen con los narguiles, era muy difícil mantener encendido el tabaco. Me la pasé prendiendo fósforos. Resultaba mucho más complicado que con la pipa común. Como precaria compensación, el tabaco sabía mucho más suave.

Al otro día decidí hacer un nuevo intento y luego al otro y al otro y al otro, hasta que caí en cuenta de que jamás había fumado una pipa cinco días seguidos. Agregó: cinco frustrantes días seguidos, porque mi “técnica de fumada” no había mejorado en absoluto.

El sexto día vomité la cosa roja.

Fue así: estaba luchando por encender por enésima vez la podrida pipa cuando, sin previo aviso, me vino una arcada y encastré piso y pantalones con la cosa roja. Solo que en ese momento no pensé que fuera una cosa roja, sino mi propia sangre.

Blanco de terror, helado y mareado, se me cayó o tire la pipa y me quedé viendo el charco rojo entre mis piernas.

Después empecé a temblar.

Después empecé a gemir, porque no me salían los gritos. Era un quejido de miedo en estado puro.

Después sentí el olor.

No sé cuándo me di cuenta que la cosa roja no era mi sangre. El olor dulzón y nauseabundo venía del piso encastrado y se me metía en la nariz. Era un hedor desconocido, con algo que sugería una podredumbre muy vieja.

Una podredumbre vieja, pero *viva*.

Las burbujas empezaron tampoco sé cuando. Primero una, casi invisible, se formó en el medio del charco. Solo alguien en mi estado, mirando el piso como hipnotizado, podría verla. Después apareció otra, más grande, y enseguida cuatro más, rodeándola, y luego otras cuatro y luego cinco más y tres y seis y diez y al fin todo el charco rojo estaba tapizado de burbujas; de burbujas que palpitaban.

Palpitaban o latían o se inflaban y desinflaban, no sé cómo decirlo. Solo sé que todas lo hacían simultáneamente.

Crecían y se achicaban al unísono. Subían y bajaban, subían y bajaban.

Por entonces, el charco empezó a respirar.

Si, era un sonido como el de la respiración de un animal grande. Inhalaba y exhalaba al ritmo del latir de las burbujas. Primero respiraba tranquilamente, con profundas y acompasadas inhalaciones y exhalaciones. Era una brisa suave que me golpeaba la cara. Sentía la respiración del charco subiendo y rozando mis mejillas, tan bien como sentía las heladas gotas de mi sudor.

Después la respiración se hizo más agitada, como la de una bestia que trota, y la brisa pasó a ser un viento no muy fuerte.

Luego el trote se convirtió en galope y, más que respirar, las burbujas jadeaban y resoplaban y el viento me azotaba en la cara y el charco se contraía y se expandía con espasmos.

Cuando el charco explotó me desmayé.

Desperté solamente para recordar que, al explotar, el charco pareció venirse encima. Comprobé que estaba totalmente cubierto por la cosa roja. Supongo que grité y me volví a desmayar.

Desperté otra vez y pasó un rato hasta que me di cuenta que ahora estaba sucio y lleno de olor, pero con la familiar suciedad y el olor de mi propia mierda y orina. No había rastros de alguna cosa roja. Solo un tipo patético, tirado en el piso de su casa, cagado y meado.

Me levanté y limpié y me bañé y tiré toda la ropa a la basura con la frenética actividad de un poseso. Lavar y lavarme, desprenderme de la ropa y quitar el olor de mi inmundicia era un ancla para mi cordura. Lavar, lavar, borrar, quitar.

Terminé encendiendo dos sahumeros. Mi casa olía a todas las fragancias políticamente correctas de los comerciales de desodorantes, pero yo seguía temblando y cada tanto gemía y parecía querer llorar, pero no me salían las lágrimas.

Cuando me di cuenta que estaba amaneciendo, me di cuenta que había pasado toda la noche en vela.

Por supuesto, la pipa seguía tirada en el mismo lugar. La había visto de reojo muchas veces, mientras lavaba y fregaba y desodorizaba y prendía sahumeros y trataba de dejar de temblar. Ahí estaba, en el piso, al lado de la silla, silla que tendría que estar manchada de cosa roja y, sin embargo, se veía de lo más limpia.

“Solo mierda y orín en tu ropa y en el piso, ninguna otra porquería hubo en tu casa”, parecía que me decía la pipa.

Me puse unos ridículos guantes de cuero que nunca usaba y agarré la pipa como si quemara. No quemaba, ni palpitaba, ni latía, ni olía, ni nada. Era solo una puta pipa de metal, tan muerta como cualquier pedazo de bronce.

La guardé en el único cajón con llave que tiene mi placard y me quedé un buen rato ahí parado, con los guantes

puestos y pensando en porqué había guardado esa cosa, en vez de tirarla.

Hace una semana de esto y no volví a abrir el cajón...que yo recuerde.

Exteriormente, mi vida no parece haber cambiado. Sigo haciendo lo de todos los días. Fui al médico y solo conté que me había desmayado y que al despertar me di cuenta que había perdido el control de los esfínteres. Así dije, “control de esfínteres”. Trate de contar todo de la manera más “limpia” posible. El médico me preguntó si tenía antecedentes familiares de epilepsia y me prescribió análisis de sangre y orina. Estoy esperando los resultados. Es posible que después me derive a un neurólogo, me dijo el médico, con amabilidad profesional.

Pero mi vida tuvo cambios. Ahora me acompaña el miedo de mi niñez. Ese miedo constante, ese miedo anidado en el estómago y asiduo visitante de manos y piernas temblorosas. Ese miedo básico me acompaña durante el día y puebla mi mente en las noches.

A veces siento que me gustaría morirme. En realidad, muchas veces. Ya no tengo terror a la muerte. Deseo morir, deseo no-ser. Lo deseo desde que, al mirarme en el espejo, la cosa roja que cubre mi cuerpo burbujea, late, respira...y *me habla*.

Tendría que evitar los espejos. Tendría que romper todas las superficies donde mi imagen se refleja. Tendría que haberme desprendido de la pipa.

No puedo, simplemente no puedo.

Algunas noches, en la cama y con la luz apagada, hago el siguiente ejercicio: Cierro los ojos e imagino que me muero. Imagino que ya “no soy”, que todo terminó, que nunca más seré, que se acabó; y cuando estoy en eso, algo aparece desde el fondo de mi mente y como un latigazo me golpea con una imagen que me dice que eso *no va* a pasar, que no voy a morirme, que nunca llegará el día en que ya no exista...que *voy a burbujear, a latir y a respirar por siempre*.

© Jorge Oscar Rossi, marzo de 2007

~~

CUESTIÓN DE LÍMITES

Jeremías Lenk era Dios, así se lo había dicho Dios.

Mejor dicho, Dios le había dicho a Jeremías que él, Jeremías, era Dios. “¿El hijo de Dios?”, quiso aclarar Jeremías. “No, Dios”, le aclaró Dios.

Jeremías dudó de Dios y quiso probar si realmente era Dios, así que decidió hacer un milagro, luego otro y otro más. Milagrosamente, todos le salían bien.

La gente adoraba a Jeremías, lo que estaba bien, porque para eso era un Dios. A Jeremías le gustaba que lo adoraran. Era agradable repartir milagros y ser famoso. Un día se le ocurrió que podía tratar de destruir algo, para variar, así que arrasó una pequeña aldea en Uganda, matando cuarenta hombres, cuarenta y siete mujeres, diez niños, seis niñas, dos vacas y tres cabras.

Después probó con una pequeña ciudad en Camboya y luego hizo desaparecer París.

A esa altura la gente tenía una opinión desfavorable respecto de Jeremías. Lo de los ugandeses y camboyanos vaya y pase, pero....

La gente le pidió a Dios (no a Jeremías, a Dios) que Jeremías dejará de ser Dios. Jeremías se enteró y arrasó con España y Portugal.

La gente le siguió pidiendo a Dios que Jeremías dejará de ser Dios.

Jeremías lo supo y borró Sudamérica.

La gente le siguió pidiendo a Dios que Jeremías dejará de ser Dios.

Jeremías, como siempre, estuvo al tanto y, antes de destruir la India, pensó que Dios fue un tonto por convertirlo en Dios.

Luego de tal pensamiento, Jeremías se fue al Infierno, a sufrir por siempre jamás.

A esa altura, Dios tenía una opinión desfavorable respecto de Jeremías. Lo de destruir ciudades y matar gente vaya y pase, pero...

© Jorge Oscar Rossi, mayo de 2007

~~

LA CADENA

La vida, su vida, es una farsa. Hace como que le gusta ser contador, como que tiene experiencia, como que le importan sus vecinos, su familia, pero no...

...no le importa nada...bueno, no nada, no le importa eso.... ser contador, hacer como que tiene experiencia, como que le importan sus vecinos, su familia...

Es un actor de día completo. Le gusta pensar eso. No, no es un actor. Es un fraude de día completo. De chico imaginaba otra vida para él.

Si, si, es cierto, todos imaginan que van a ser grandes personajes de la Historia cuando son chicos. Todos están seguros de que van a recorrer el mundo viviendo fantásticas aventuras, pero él no puede aceptar una vida tan pero tan vacía como la que lleva.

¿Qué ve debajo de la máscara de Alberto Jauregui, contador público nacional de saco y corbata y oficina y mujer buena pero idiota e hijos buenos pero insoportables? Nada, debajo no quedó nada. El chico y el adolescente que alguna vez fue Alberto Jauregui ya no están y en su lugar no vino nadie.

Le cuenta todo esto a su psicólogo una y otra vez, a razón de una sesión por semana. Juraría que el psicólogo está absolutamente harto de escuchar esa sarta de estupideces. Pero el psicólogo es muy buen profesional, así que no deja traslucir sus emociones. Se limita a dedicarle unas palabras, recibe el dinero de la sesión con gesto neutro y lo despide, con el afecto indispensable para que no pueda sentirse mortificado, pero sin exagerar. No sea que Alberto vaya a pensar que el terapeuta alberga deseos inconfesables hacía su persona. En realidad, son dos profesionales, porque Alberto ya es un paciente experimentado en psicoterapias varias, así que se comporta como se espera que debe comportarse. Y paga puntualmente, que, al fin y al cabo, somos gente seria.

Buscando aventuras, Alberto tuvo su época de aficionado al esoterismo y lo paranormal. De entonces le quedó un libro viejo y bastante roto, comprado en una librería de saldos.

Un librito, en realidad. No más de ochenta páginas. No lo tiró porque creía que lo había perdido en una mudanza, pero resultó apareciendo en una caja de herramientas. El por qué fue a parar ahí, no se lo puede explicar. El librito se titula *"Plegarias para Nuevos Adoradores"*, no tiene autor, fue impreso en 1931 en la ignota "Imprenta de la Estrella del Sur", de Buenos Aires; y en la tapa se ve algo que parece una criatura tentacular, aunque los años y la mala calidad del papel le quitaron todo posible arte. Visto de pasada, es un garabato propio de un niño de cuatro años. Visto con atención, tiene su encanto. Un encanto sucio.

Como el título lo indica, el libro contiene una serie de suplicas dirigidas a alguien que no se menciona. Lo que se les enseña a pedir a estos Nuevos Adoradores primero asombra y luego termina causando dolor de estómago en más de un lector. Por ejemplo, en la página tres nos dice:

*"Te Pido la Muerte del Niño
Sus entrañas calientes te Ruego"*

En la doce:

"Te Pido la Peste"

Te Pido el Tumor"

Te Pido la Gangrena"

En la treinta y siete:

"Te Pido la Oscuridad"

El Fuego que Queme"

El Agua que Abogue"

La Tierra que Sepulte"

El Aire que Emvenene"

Te Pido el Odio"

Luego de tantas sentidas deprecaciones, el libro termina con la siguiente advertencia:

"Aquel que Descansa Inquieto bajo el Infame Sello"

Te Mira, te Huele, te Tiene"

Aun Durmiendo"

A El Servirás"

*Aun Durmiendo
Te Mira, te Huele, te Tiene
A El Servirás
Aun Durmiendo
Te Mira, te Huele, te Tiene
A El Servirás
Aun Durmiendo
Te Mira, te Huele, te Tiene
A El Servirás
Aun Durmiendo
Te Mira, te Huele, te Tiene
A El Servirás...*

Esta hipnótica letanía se repite durante dos páginas y, más que terminar, se interrumpe con esta frase:

*“Su Deseo es tu deseo
tu deseo será la Obra de otro
y el deseo del otro
será la Obra de otro
Así*

*Aquel que Descansa Inquieto bajo el Infame Sello
Será Bien Servido ”*

Esa noche, por primera vez en su vida, Alberto leyó con atención, con pasión, con obnubilada adoración, estas últimas páginas.

Esa noche, su perro, Fido, un caniche toy muy juguetón y bastante molesto, lo saludó saltándole al regazo mientras terminaba de leer.

Esa noche, furioso por la interrupción, Alberto pidió la muerte violenta de su perro.

A Fido no le pasó nada.

Álvaro era un buen perro, si se puede predicar moralidad de un perro. En sus genes, junto con otras diez razas que acababan con toda estética canina posible, predominaban en absurda mezcla el pastor alemán, por el físico; y el collie, por el hocico y el pelaje largo.

La pelambre negra estaba siempre sucia de la tierra sobre la que le gustaba dormir y por su mirada se sabía que era un perro resignado a comer lo que le sobraba a sus dueños, a pasar las noches al aire libre y a que de vez en cuando lo corrieran con un palo o le revolieran una piedra; palo y piedra que no buscaban golpear, sino solo asustar un poco. Sus dueños no eran malos, pero definitivamente no trataban a Álvaro como a un miembro de la familia. Era “el perro” y su lugar estaba afuera de la casa.

Con todo, de poder pensar, Álvaro pensaría que su vida era más que aceptable. Dormía la mayor parte del día, las sobras que comía eran abundantes y podría decirse que no lo molestaban.

Por eso no se inquietó cuando Damián se le acercó. Cuando recibió el primer golpe en la cabeza solo sintió dolor. El dolor se repitió en los siguientes diez golpes de puño y en las primeras tres patadas. Damián siguió pegando y pateando mucho más, pero eso ya no tenía importancia para Álvaro.

Damián pegó y pegó y pateó y pateó, hasta que tuvo que parar porque el corazón amenazaba con salirse del pecho. Con la cara enrojecida y transpirada, jadeó buscando aire a la desesperada. Los oídos le latían y el cuello era puro ardor.

Solo cuando se calmó un poco, pudo asustarse al ver sus manos manchadas de sangre.

También había sangre en su camisa, pantalones y en la punta de la zapatilla derecha.

Miró a un lado y otro. Estaba en plena calle de tierra. Él y el perro muerto. Solos.

“La hora de la siesta es sagrada”, podría haber pensado de no estar tan asustado por haber matado a golpes al perro de su primo.

Tuvo un impulso y levantó al perro. Tuvo otro impulso y cruzó la calle y tiró el cuerpo reventado por encima de la alambrada del terreno baldío que enfrentaba la casa de su pariente. Recién ahí se percató que dos caballos, uno blanco y otro con manchas blancas y negras; habían sido testigos de sus actos. De no estar tan pero tan aterrorizado se hubiera reído, pero solo tuvo otro impulso y retrocedió corriendo y se metió en la habitación que le había cedido su

primo y con el mismo impulso y sin ninguna idea o pensamiento que se le cruzara por una cabeza que parecía hueca y vacía, se tiró en la cama.

Se quedó ahí, temblando.

Cuando el pecho dejó de parecer un tambor y el sudor se secó en su cuerpo aún temblequeante, Damián tuvo frío. Entonces pudo recordar.

Recordó que un rato antes (¿cuánto?, ¿una hora, hora y media?), había almorzado tallarines con salsa con su primo y familia. Tallarines caseros, obra de Marta, la esposa del primo. Ricos fideos. Comió tres platos. No por nada estaba bastante gordo. Los tallarines hechos a mano son otra cosa, no se comparan...

Estaba desvariando. ¡Todo lleno de sangre de perro y pensando en fideos! Trató de concentrarse: Después de comer, Rubén (así se llamaba su primo), la esposa y hasta los dos hijos se fueron a dormir la siesta. Era como un reflejo condicionado en esta gente.

Damián, hombre de ciudad, no la iba con costumbres de pueblo. A él, que no lo quisieran hacer ir a dormir. Casi se sentía importante, distinto, más “elevado”, pensando esas cosas.

Así que se quedó solo y bastante aburrido, pero no más que las otras tantas veces que fue al pueblo a visitar a la familia. Hay cosas que son de una manera y no se pueden cambiar.

Si, eso mismo pensaba cuando estaba en el patio de tierra, mirando hacía la calle, también de tierra. Pura tierra a la vista, salvo una mata de verde donde estaba echado el perro, muy descansado él.

Damián lo miró con indiferencia, como quien contempla un ladrillo o un pedazo de madera, y entonces Álvaro lo miró. Una mirada ni rabiosa ni amistosa, la del perro. Una mirada de pura indiferencia, como quien contempla un ladrillo o un pedazo de madera.

Esa mirada lo encendió. No podía explicarlo con otra palabra. Fue como si dentro de su cabeza, a Damián se le hubiera encendido un mechero. Al principio fue una llamita, pequeña pero obviamente muy caliente, que lo quemaba justo en el centro de la tapa del cráneo. Después la llama y el calor se hicieron más grandes y sintió como que algo se desbordaba y para evitarlo fue y le empezó a pegar al perro y, mientras le pegaba, el calor se le iba de la cabeza y se le pasaba al pecho, a la cara, al cuello...

No es que nunca se le hubiera cruzado la idea de reventar un perro, o un gato, o a una persona, inclusive. Pero esa vez solo estaba mirando aburridamente a un perro igualmente aburrido...

Pasó un rato largo hasta que dejó de temblar y otro rato casi igual de largo hasta que se cambió ropa y calzado. Después usó la bolsa que reservaba para la ropa sucia y escondió allí la camisa, el pantalón y las zapatillas manchadas de sangre. La bolsa fue a la valija y la valija debajo de la cama. Al rato recapacitó y volvió a poner la valija donde estaba, arriba de una silla, para no despertar sospechas.

Miró la hora: cuatro y media. Se acaba la siesta. Hay que salir y prepararse para poner cara de asombro cuando encuentren al perro de mierda.

No entendía lo que había pasado. Mientras no lo descubrieran, no importaba. Era un perro. En eso escuchó los gritos de Carlitos, el hijo menor de su primo:

“- ¡Fue Damián, él le pegó al Álvaro! ¡Yo lo vi por la ventana!”

Damián volvió temblar.

Finalmente, los padres hicieron como que no le creyeron al hijo, que sabía ser bastante fabulador, y hasta lo mandaron a dormir sin cenar. Damián puso una cara aún más asombrada de lo que tenía pensado y se deshizo en explicaciones para demostrar inocencia, tanto que su primo confirmó sus sospechas.

Nadie dijo nada, pero todos se alegraron cuando, al otro día, el pariente terminó la visita y se fue a su casa. En el ómnibus que lo llevaba de vuelta a la ciudad, un enfurecido Damián deseó estrangular a Carlitos.

A Carlitos no le pasó nada.

Miguel vio los ojos muy abiertos de su hijo y un momento después, no sabría decir exactamente cuándo, se percató que tenía las dos manos en el cuello del chico.

Lo soltó como si su hijo quemará y Fede, de cinco años, se desparramó en el suelo. Se había encerrado en su estudio desde la mañana, cuando no le quedó ninguna duda de que estaba en la ruina. Ramiro Arenas, amigo de toda la vida y su contador y administrador de sus negocios desde hacía diez años lo había dejado sin un centavo y, como si fuera poco, sin esposa.

Durante ese día, Miguel tendría que haber pensado en buscar un abogado, o en ir a la policía, pero se dedicó a imaginar con energía creciente las más sangrientas formas de matar a su ex amigo, ex contador y ex administrador.

Pensó y pensó como vengarse y ni debió darse cuenta que Fede, (la puta de su mujer lo dejó con el chico), había entrado a la habitación.

Ni se dio cuenta que su hijo se acercó, lo llamó, le tironeó la manga de la camisa y que él salió de su ensimismamiento para agarrarlo del cuello y estrangularlo, apretando y apretando aún después de escucharse los crujidos de la tráquea y de las vértebras cervicales.

Ahora, mirando a su hijo muerto, solo pudo culpar a Ramiro. Deseó castrar a ese hijo de puta y dejarlo morir desangrado.

Al contador público nacional Ramiro Arenas no le pasó nada.

El contador público nacional Alberto Jauregui murió desangrado. Fue noticia para la prensa porque, según la reconstrucción que surgió de la investigación policial, su perro, Fido, le arrancó los testículos a mordiscones, en una acción que no reconoce antecedentes en la historia de los caniches toys.

Al lado de su cuerpo se encontró un librito, abierto por la última hoja. En la parte que no estaba manchada de sangre se pudo leer lo siguiente:

*“Su Deseo es tu deseo
tu deseo será la Obra de otro
y el deseo del otro
será la Obra de otro
Así*

*Aquel que Descansa Inquieto bajo el Infame Sello
Será Bien Servido ”*

© Jorge Oscar Rossi, marzo de 2008

~~

FÁBULA DESMORALIZADORA

Ismael miró complacido al Sacrificado. Gruñía, el Sacrificado, y se retorció colgado cabeza abajo. Estaba convenientemente empapado de sangre. El tajo en el flanco derecho era adecuado, pensó Ismael.

Recordó el Génesis, capítulo 17, cuando su padre Abraham dijo:

«Si al menos aceptarás a Ismael como tal».

Pero Dios le respondió: «De ninguna manera, pues va a ser Sara, tu esposa, quien te dará un hijo, y le pondrás por nombre Isaac. Con él firmaré mi pacto. Haré una alianza eterna con él y con su descendencia después de él.»

-¡Si debo ser el hijo maldito de Abraham, que así sea!-, le gritó Ismael a su hermano Isaac, que moría cabeza abajo.

-Maldito eras, maldito eres. Mi padre Abraham te repudia porque Yahvé te repudia -, le contestó Isaac, con voz entrecortada.

-Desde entonces, el Señor de esta Tierra es mi padre- replicó Ismael.

-Así sea- murmuró su hermano.

Ismael, conocido en el barrio como Pancho y teniendo Francisco por verdadero nombre de pila, elevó la mirada al Cielo, desafiante.

Isaac, alias Toto, Víctor según su partida de nacimiento, aulló, murmuró algo ininteligible, arrojó sangre espumosa por la boca y, finalmente, murió.

El Buen Señor Satanás sonrió divertido mientras contemplaba la escena.

Moraleja: Si dejas a dos psicóticos con delirios místicos con la única compañía de un cuchillo y una soga, el Diablo tiene donde meter la cola.

© Jorge Oscar Rossi, junio de 2008

~~

INTERCAMBIO CULTURAL

(a Alfred Bester)

Nos cortaron la luz.

Lloramos y gritamos, pero no les importó, como a nosotros no nos hubiera importado el llanto de las cucarachas, en caso que esos bichos pudieran llorar.
Eso éramos para ellos: cucarachas.

Así que nos cortaron la luz y esperaron a que el calor, la falta de agua y la pudrición de la comida hicieran el resto. A la semana, los que quedamos éramos peores que los peores animales, pero seguíamos vivos, hambrientos pero vivos.

Los atacamos para matarlos y comerlos o comerlos y matarlos en el proceso, daba igual.

Nosotros somos humanos y ellos no.

Esta es nuestra casa. Ellos venían de otro lado. De las estrellas, del espacio, de otro planeta, de la misma mierda, importaba lo mismo.

Esta es nuestra casa.

No nos van a cortar la luz y quedarse mirando. No iban a sacarnos la energía de nuestras máquinas y esperar a ver como nos morimos.

Los vamos a comer... y si dejamos a algunos, será para que les cuenten a sus compañeros, allá en las estrellas, en el espacio, en otro planeta o en la misma mierda que los humanos somos muchos, una verdadera plaga, unos seis mil millones; y que mil o dos mil o tres mil millones menos no hacen la puta diferencia; y que nos gusta matar y comer y que, ahora, ellos son nuestro bocado favorito.

Y que tarde o temprano les devolveremos la visita...

© Jorge Oscar Rossi, enero de 2009

~~

MI MUERTE ES AZUL

Desnuda es perfecta, o eso me parece. La veo enorme, soberbia, con esos senos que son tetas, porque senos, en su caso, no significa nada. “Senos” es casi un eufemismo a la hora de describir esas... ¿montañas?, ¿globos?, ¿deliciosas prominencias? ...no...tetas, no hay otra palabra: soberbias tetas en el soberbio cuerpo de una soberbia hembra. Ese cuerpo no inspira poesía, inspira lujuria, hipnótica lujuria, catártica lujuria.

Ahí está, parada, con las manos detrás de la cabeza y el cuerpo girando en una pose de estatua griega clásica: las piernas hacia un lado, el torso hacia el otro. Una belleza al completo y por completo indiferente a lo que la rodea. A mí, por ejemplo.

La amo con locura, hasta las lágrimas...tal vez por esa absoluta indiferencia, por esa lejanía.

Lo mejor de mi vida es verla, olerla, oírla. Si, porque puedo oír su cuerpo...

El hecho de que Ella y todo a su alrededor se vea en distintos tonos de azul no la hace menos real, no para mí.

Lo espantoso de mi vida es la vida.

Levantarme de la cama, tambalearme hasta la ventana y ver, por rutina, la calle gris, llena de gente y podredumbre, imaginándola plena de olor, de calor, de bichos y de pestes, pegajosa por la humedad, y el sudor de miles de idiotas como yo...eso es la vida.

Evito la calle todo lo que puedo. La calle no es mía, como nunca fueron mías las cloacas. Solo que las cloacas no se ven.

Por fortuna puedo trabajar en casa. Trabajo con alumnos por video o por mensajes o por correo o por voz, escribo mis libros y mis notas y mis artículos y veo televisión y noticias.

A veces salgo al balcón, confirmo que el aire espeso es un asco, que los bichos son cada vez más grandes y que el sol me enferma, y entonces vuelvo a entrar, cierro todo herméticamente y vuelvo a filtrar y acondicionar el aire y la luz del departamento.

A veces voy al médico, por las picazones o los dolores. Otras veces tengo que reunirme con alguien. Entonces rezo y blasfemo y grito y lloro y me lanzo al infierno. Si puedo, elijo los días con mucho viento posteriores a alguna tormenta. Camino por calles repletas, llenas de gente que solo se diferencia de la basura tirada porque es más peligrosa. Trato que no me roben, que no me peguen, que no me escupan, que no me enfermen. Trato de no quedar tirado en la calle, doblado por un ataque de tos. Trato que no me lloren demasiado los ojos. Trato que no me ataquen los bichos. Trato de que no me arda o me pique tanto el cuerpo. Cuando vuelvo a casa suelo tener un acceso de temblores.

Lo mejor de todo es que solo necesito estar vivo seis o siete horas.

El resto del día, klameo y es como estar muerto, pero mejor.

Con dos klamas me muero más de diecisiete horas...y estoy con Ella, en el caldo azul profundo, azul celeste, azul oscuro...

Estoy con Ella, pero Ella no está conmigo. Está ahí, pero no conmigo.

Puede sonar extraño, pero eso casi me reconforta. No puedo contagiarle mi olor, mi sudor, mi dolor, mi alergia, mi podrida humanidad.

Ella tiene un perfume,...no...un aroma. Tampoco. Es un olor, olor es una palabra sincera. Su olor me hace acordar a como huele una vagina después del orgasmo, luego de correrse el líquido y manchar muslos y sabanas. Una vez, hace mucho, realmente mucho, sentí ese olor. El de Ella es así, pero mejor. Tiene la fragancia de un orgasmo siemprevivo. No es el olor de un orgasmo que se apaga, que baja melancólicamente del Cielo del Goce al vulgar infierno de la continua y constante mierda terrenal. El suyo es el olor de un orgasmo que no cesa, que se renueva, que es puro, sereno y perpetuo en su placer...

Nunca la toqué, pero puedo sentir su piel y su calor. Las tetas, por ejemplo, son menos calientes que las piernas. La cara es suave y bastante fría, igual que las manos...

Lo más espantoso de mi vida es vivir. Abrir los ojos después de klamear.

"Klama te calma, que calma te da Klama, para calmarse hay que klamearse, klameate y cálmate", rebota como un mantra en mi cabeza, como ruido de fondo, pero solo cuando estoy vivo. Es un recordatorio que me invita, insistente, a morirme. Pero necesito mis seis o siete horas de vida. Necesito ganar moneda para comer, para no terminar en la calle, para pagar por remedios para las alergias y los dolores...y para klamear.

Klama, maravilla de la ciencia de un mundo que se muere, pero no deja de darte algún imprescindible placer. *"Klama te calma, que calma te da Klama, para calmarse hay que klamearse, klameate y cálmate"*

No, no estoy fuera de todo, claro que estoy al tanto. Los klameadores seremos enfermos, seremos débiles, seremos las ratas que buscan escapar de esta vida podrida, pero no somos idiotas. Ayer me informé a conciencia, por televisión y noticias: Nos quedan diez años, treinta y está todo bien, no hay nada de qué preocuparse. Todo es una basura, es más o menos una basura y está todo perfecto. Lo dice gente que sabe y uno puede elegir la respuesta que más le guste. Todas son verdaderas. El mundo es una mierda...o no. Me importa mucho, poquito y nada. A veces tiemblo, un poco, después de ver noticias. A veces me río. Si, los klameadores también reímos.

La klama es azul...la pastilla, digo. Dicen que por eso la muerte klameada es azul. El Infierno es rojo, ¿no? Bueno, mi muerte es azul. No estoy en el Infierno, por lo menos, la mayor parte del tiempo. Seis o siete horas por día, si, pero la vida es un infierno gris, no rojo. Un infierno decadente, mediocre, miserable. No quiero tener nada que ver con él. Me da miedo, asco...no lo quiero.

Trabajo con un alumno por video y evito ver sus granos y su baba. Si, tiene baba en las comisuras de los labios. Baba burbujeante, un poco como pastosa. No tiene dientes porque tener dientes es símbolo de violencia, de agresividad, de predación...así lo sostiene este idiota y los otros idiotas que piensan igual. Por eso se hizo sacar los dientes y los reemplazó por la baba que se le escapa. Los granos son por alergia, como los míos, estoy seguro. Deben picar y doler. Quiero clavarme una klama (¡clavarme una klama!, ¡buena frase!)...quiero clavarme una klama y morirme ya y volver a Ella, pero tengo que terminar con ese alumno y entonces me concentro, me enfoco, eso, me enfoco y lo escucho, o algo así, e interactuó con él, o algo así, y por fin terminamos y su cara y sus granos y especialmente su baba burbujeante y pastosa desaparecen...

Antes de ir a la cama a calmarme con klama (cama, calmar, klama...) miró por la ventana. Todo sigue gris y asqueroso, todo puede durar diez años, treinta o estar bien, no hay problema, seguiremos así para siempre.

La klama es azul...como Ella, siempre igual, siempre hermosa, siempre perfecta, siempre a mi lado, pero nunca junto a mí...

Trabajo con otro alumno por voz y escucho su voz de nene de cinco años, aunque sé que tiene casi treinta. Pero habla como de cinco años porque él y los otros idiotas como él sostienen que hay que encarnar al "niño eterno" y parece que eso se logra, según estos asquerosos imbéciles, hablando como un niño. Así que le contesto sus sesudas preguntas, preguntadas como un nene curioso que quiere saber los porqués de todo y así me insiste: ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? a cada una de mis respuestas, sin casi tomarse tiempo para respirar. Porque el niño eterno pregunta y pregunta, que por eso el niño eterno es filósofo, además de niño, que ahí está precisamente la sabiduría ancestral del niño eterno...este imbécil está escribiendo su tesis de doctorado al respecto. No solo habla, también lo escucho sorberse los mocos, como buen niño. No hay video, el niño no quiere ser visto, el niño eterno es tímido... Quiero clavarme una klama (sí, realmente es una buena frase)...quiero clavarme una klama y morirme ya y volver a Ella, pero tengo que terminar con ese alumno y entonces me concentro, me enfoco, eso, me enfoco y lo escucho, o algo así, e interactuó con él, o algo así, y por fin terminamos y su voz y sus mocos desaparecen...

Antes de ir a la cama a calmarme con klama (cama, calmar, klama...) vuelvo a mirar por la ventana. Todo sigue gris y asqueroso, todo puede durar diez años, treinta o estar bien, no hay problema, seguiremos así para siempre.

La klama es azul...como Ella, siempre igual, siempre hermosa, siempre perfecta, siempre a mi lado pero nunca junto a mí... ahí está, parada, con las manos detrás de la deliciosa cabeza y el cuerpo girando en una pose de estatua griega

clásica: las piernas hacía un lado, el torso hacía el otro, las tetas soberbias de la Hembra.

Si, es la Hembra, la Belleza al completo y por completo indiferente a lo que la rodea...por eso la amo con serena desesperación, porque eso es la muerte azul: una feliz desesperanza, una perfecta consciencia de estar al lado de la perfección y saber que jamás se alcanzará, que lo Perfecto ni siquiera se dignara mirarte a los ojos y, a pesar o precisamente por eso, estar calmo y complacido. La lección que me dio la klama: Nada se espera, nada se puede conseguir y estoy feliz con eso. *"Klama te calma, que calma te da Klama, para calmarse hay que klamearse, klameate y cálmate"*. Trabajo con otro alumno por video y lo veo y no lo veo porque cubre su cara con la máscara de un perro. Hoy es un perro, anteaer era una oveja. Acompaña sus frases con ladridos, como de un chihuahua, aunque tiene la máscara de un bulldog. Explora su animalidad y busca conectarse con sus instintos, con su ser...

Hace tres meses que no sale de su casa. Lo envidio profundamente y pienso en que si el precio para no salir más a la calle fuera ponerse una máscara de mono, lo pagaría con gusto.

Quiero clavarme una klama...quiero clavarme una klama y morirme ya y volver a Ella, pero tengo que terminar con ese alumno y entonces me concentro, me enfoco, eso, me enfoco y lo escucho, o algo así, e interactuó con él, o algo así, y por fin terminamos y su máscara y sus ladridos desaparecen...

Antes de ir a la cama a calmarme con klama miró, como siempre, por la ventana. Todo sigue gris y asqueroso, todo puede durar diez años, treinta o estar bien, no hay problema, seguiremos así para siempre.

No me importa, como nunca me importa. Por hoy, mi vida terminó. Tomo la klama y voy hacía Ella que, indiferente, me espera.

© Jorge Oscar Rossi, febrero de 2010

~~

ERROR

Pensé que mientras caía, la vida entera pasaría ante mis ojos.

No fue así.

Pensé que luego me apagaría, en paz y sin dolor.
No fue así.

Pensé que sufrirían mi muerte, me llorarían y me extrañarían.

No fue así.

Pensé que al morir terminarían mis dudas, mis miedos, mis celos, mi envidia, mi odio, mi hastío y mi asco.

No fue así.

Pensé que dejaría de pensar...y de penar...

No fue así.

La muerte es una gran decepción.

© Jorge Oscar Rossi, octubre de 2012

~~

LA HIJA, EL VIEJO Y EL SEÑOR RAMÍREZ

El Señor Ramírez contempla la escena, mientras finge escuchar a su esposa.

Ramírez se consideraba un hombre mediocre con una esposa mediocre. Consecuentemente, tendría que sentirse a gusto en el mediocre comedor de ese mediocre hotel. Sin embargo, ese no era el caso.

Vacacionaba en las sierras de Córdoba por tercera vez consecutiva y se sentía por completo saturado de cerros y valles y árboles y tierra y ríos y arroyos y calor y bichos y un largo, larguísimo etcétera.

Los otros desgraciados, según calificación de Ramírez, que paraban en el hotel, se componían de una barahúnda de viejos que apenas podían moverse, parejas de jóvenes con dos, tres y hasta cuatro críos caprichosos, llorones, gritones y maleducados, y tres solteronas de mediana edad y aspecto patéticamente gordo, patéticamente flaco y patéticamente estúpido, respectivamente.

Esta noche, junto a Ramírez y su esposa, pacían en el comedor la solterona patéticamente gorda, un jovencísimo matrimonio con un casal de niños que alternaban alaridos de placer con llantos estremecedores, y una dupla nueva, compuesta por padre e hija.

El padre era un viejo atacado de Alzheimer, arterioesclerosis o demencia senil, según se advertía a primera vista, dolencia que combinaba con una pronunciada sordera. Esto último permitía escuchar la conversación que mantenía con su hija. La Hija le hablaba como a un chico y el Viejo le respondía como lo que era, o sea, un viejo loco con el cerebro cortocircuitado por la enfermedad. La Hija entonces lo reprendía como a un niño y el Viejo respondía a los gritos. Este problema comunicacional llevaba un buen rato y el Señor Ramírez contemplaba la escena, mientras fingía escuchar a su esposa.

- ¿Y vos a que escuela fuiste papá? – decía la Hija –

- ¿Ehh? - contestaba el Viejo

- ¿Que a qué escuela fuiste? - aparentaba interesarse la Hija, porque Ramírez suponía que esa historia le era ya muy conocida.

-A los veintiocho años, después que me casé- contestaba el Viejo, sin inmutarse.

- ¡Pero papá, como vas a empezar la escuela a los veintiocho años! Acordate..., ¿qué edad tenías? ¿a ver?

-...

- ¡Papá! ¿qué edad tenías? -

- Diecisiete...

- ¡No digas pavadas, no vas a comer el postre! -

- ¡Anda a la puta que te parió! - graznaba el Viejo, que era medio pelado, tenía anteojos y vestía remera azul y una bermuda marrón que lo harían parecer más joven si no fuera porque estaba encorvado, tenía la cara arrugada y llena de venitas violáceas y apenas podía caminar con las piernas flacas y chuecas, siempre llevado de la mano por la Hija.

Después de la puteada, sobrevénía un momento de silencio, como de un minuto, y luego se reiniciaba el diálogo, en idénticos términos.

Al cuarto insulto, Ramírez decidió que la Hija no era una idiota, como había pensado inicialmente, sino una perversa por demás interesante.

No era hermosa, la Hija. Alta y de pelo castaño claro peinado lacio y sin gracia. Ni flaca ni gorda. Si alguien se molestaba en fijar sus ojos en ella, probablemente la encontraría un poco ancha de cadera.

Su físico la condenaba a no ganar ningún concurso: ni de belleza, ni de fealdad, ni de fenómeno. Hablaba como una maestra, pronunciando bien, pretendiendo que su padre la entendiera. Se irritaba como una maestra cuando el Viejo la puteaba, o sea que fruncía nariz y cejas y se erguía tratando de mostrar que estaba por encima de tal vulgaridad.

Sin embargo, el Señor Ramírez quiso pensar que ella sufría con ese padre.

Ramírez se cuidó de comunicar sus pensamientos a su esposa, a quien fingió seguir escuchando durante toda la velada, tal como venía haciendo hace veinte años, intercalando aquí y allá alguna palabra adecuada.

Al otro día y al otro, siguió observando diferentes variaciones de la misma escena, sea en el comedor, la pileta o el salón de estar del hotel.

Fue entonces cuando Ramírez decidió que una parte de la Hija debía estar harta del Viejo, pero otra parte deseaba y disfrutaba sufriendo los insultos y el bochorno y la amargura y la esclavitud de estar con ese desecho. No olvidemos que para el Señor Ramírez, la Hija era una perversa.

La tarde del día anterior al del final de sus vacaciones, Ramírez iba subiendo la escalera para llegar a su habitación, en el primer piso, cuando vio al Viejo, inauditamente solo y disponiéndose a bajar.

Le agradó imaginar que esa cosa enferma y débil se había escapado de su habitación.

-Baje tranquilo- lo animó, haciéndose a un lado.

El otro comenzó el descenso gruñendo, jadeando y pisando con notable torpeza.

El Señor Ramírez confirmó que estaban solos y cuando pasó a su lado, con un pie y un manotazo bien ubicados, lo mandó rodando a la planta baja.

El único ruido que hizo el Viejo fueron las dos veces que su cabeza golpeó, primero contra un escalón y después contra el piso.

Ramírez bajó apurado, para hacer como que pedía auxilio y por si era necesario pegarle una patada en la nuca, pero el Viejo ya estaba adecuadamente muerto, despatarrado y con la cabeza rota, aunque no muy ensangrentada.

Como siempre, la recepción del hotel estaba vacía. Ramírez gritó a voz en cuello pidiendo ayuda y recién a los tres minutos apareció una mucama y entonces los dos se pusieron a gritar pidiendo ayuda y tanto gritaron que apareció la Hija y entonces los tres se pusieron a gritar pidiendo ayuda.

Después hubo más gritos, vino una ambulancia, cargaron al muerto y esa noche susurraron todos en la cena acerca de la muerte del viejo loco y de lo loco y viejo que estaba el viejo loco y de que *“qué barbaridad”* y *“estaba muy viejo”* y *“estaba muy loco”* y *“esto iba a terminar pasando”* y *“en una de esas es mejor así, porque para estar así de viejo y de loco mejor es estar muerto”*. Ramírez fingió escuchar a su esposa y a todos los que hablaban, intercaló aquí y allá alguna palabra y se fue a dormir muy tranquilo.

Al otro día, con las valijas listas y esperando que llegara el remis que lo alejaría de ese hotel hasta el próximo año, el Señor Ramírez vio que la Hija también estaba sacando sus cosas y organizando el traslado para enterrar al Viejo vaya uno a saber dónde.

Ramírez dictaminó que la Hija estaba feliz por haberse quitado un lastre de encima pero que no lo demostraba porque era una perversa. Personalmente, le alegraba haber resuelto el tema. Al Señor Ramírez le molestaba dejar temas pendientes.

Subió al remis con ese satisfactorio pensamiento, listo para continuar su mediocre vida en otro lugar.

© Jorge Oscar Rossi, enero de 2013

~ ~

VERDE CALIPSO

11/04

El dolor siempre es inspirador. Cuanto peor, mejor. Si duele, es bueno, sería el slogan.

El slogan de un torturador o de un artista.

Solía ser psicólogo y oí mucha basura en mi consultorio. También dije mi porción de basura a los pacientes. Día a día, oía y hablaba sobre el sufrimiento, muy convencido y muy cómodo en mi sillón.

Ahora sé que un buen dolor quita todo sentimiento de omnipotencia.

Además, mi dolor me genera ocurrencias. Ganas de reírme de mí, por ejemplo.

13/04

Los primeros días fantaseaba con mi cintura. Me dolía como si tuviera un cilicio y eso que no me considero muy cristiano.

En cambio, hoy diría que me siento un místico que busca la Revelación por el Éxtasis. Es sabido que el Éxtasis se puede conseguir a través del dolor...propio o ajeno.

Lo que me lleva a la cuestión de *Al*.

Una cuestión dolorosa, podría decir sin ninguna originalidad.

16/04

Al es un ente susceptible al dolor.

Es decir, sabemos de él por el dolor que nos causa y le causamos.

20/04

En medio de estúpidos alaridos, nos preguntábamos:

“¿Era el nuestro un mundo corrompido y podrido a más no poder?”

Por supuesto, ninguna duda cabe.

“Pero... ¿teníamos que sufrir por ello?”

Por supuesto que no, ninguna duda cabe.

Sufrir es malo.

Imaginar el sufrimiento propio y ajeno...eso es otra cosa.

Antes de los *AI*, recuerdo como nos divertíamos viendo películas sobre el Apocalipsis, e imaginando en tres dimensiones el fin de los tiempos. Mucha catástrofe, mucha muerte, mucha profecía maya, mucho Nostradamus, mucha masacre planetaria pura y dura por cine y tv.

A la par, disfrutábamos cochinamente enunciando buenos propósitos, hablando del cambio necesario, mientras seguíamos haciendo mierda todo.

Todo estaba más o menos de la peor manera, pero a nadie le importaba mucho. Algunos salvaban las ballenas, otros a los delfines, otros a los gorilas, aquellos otros a los árboles, yo escribía poemas y todos seguíamos haciendo mierda todo, llenos de buenos deseos y de amor y de paz y de no a las drogas, no a la violencia, no olvides de salvar a tu ballena, no tirés papeles a la calle y, de paso, ya que estábamos, seguíamos haciendo mierda todo.

21/04

Aparecieron y nos estremecimos de dolor.

Gritamos, pataleamos, lloramos, jadeamos, rogamos y rezamos por el dolor.

Los atacamos...y he aquí el Primer Contacto.

22/04

Lo de *AI* fue por "alienígena". Si, ya sé, no tiene ninguna originalidad. Yo no los bauticé.

Cada uno tiene su *AI*. Al mío le gusta mi cintura y alrededores.

Se siente bien mordéndome el nervio ciático. Lo hace con exquisita habilidad, con toques maestros.

Por ejemplo, con pellizcos me arranca alaridos y con los mismos pellizcos al ciático me deja sin aliento.

Retribuyo con mi modesto saber y lo golpeó aquí y allá.

Si, lo retuerzo, doblo, piso, pateo, desgarró y arranco y aplasto...y eso que *AI* no tiene un cuerpo para retorcer, doblar, pisar, patear, desgarrar y arrancar y aplastar.

En verdad, no es que no tengan cuerpo, pero no se los puede tocar. Sin embargo, uno puede ver a un *AI*. Todos son verdes, pero abundan los matices: aceitunado, cetrino, glauco, esmeralda, verdemar, pistacho, lima, pasto, verde manzana, y un gran etcétera. Nos volvimos especialistas en tonos y matices de verde, al tiempo que nos especializábamos en tonos y matices de dolor.

Mi *AI*, por ejemplo, es verde calipso, con bordes más oscuros. Si uno está cerca, digamos, a dos metros, siente su calor. Cuando se mueve, reptar sería mejor, se escucha como un suave chirrido. No habla, más bien ronronea. En todo caso, si el ronroneo significa algo, nadie lo entendió.

Pero, insisto, no se los puede tocar.

Si los tocan, desaparecen pero, en simultáneo, te matan, así que, después de muchos humanos muertos, renunciamos a tocarlos.

Además, no es necesario.

Puedo aplastar y desgarrar a mí *A/* con solo desearlo. El truco es desearlo mucho y en forma concentrada. Hay que poner empeño e imaginación. No es cuestión de pensar “*te doy una patada*” y, acto seguido, ver al *A/* retorciéndose de dolor o rodando al otro lado de la habitación. No señor, para tener éxito hay que imaginar el exacto lugar de su serpenteante cuerpo donde lo patearíamos, como la pegaríamos la patada, cuando lo haríamos y que nivel de dolor le produciríamos.

Entonces, solo entonces, el *A/* va a sufrir.

23/04

Aparentemente se manejan como una colonia que infecta al organismo llamado Humanidad.

28/04

Mi *A/* me contó, acuchillándome la cadera izquierda, que se habían desprendido de su mundo para seguir viviendo acá. El latigazo de dolor estremeció mi cintura, se desbordó y desembocó en mi cerebro, llevando información: Mundo significa un conglomerado de varios miles de millones de *A/*. Mi *A/* se mostró confuso respecto del número exacto. Como sea, cuando se supera ese número, los *A/* excedentes viajan a otra región y la colonizan.

29/04

Los *A/* no tienen un planeta madre. No reconocen a ninguno como tal. Son parásitos, le digo al mío, mientras lo pateo a más no poder.

30/04

¿El dolor es un efecto colateral de la comunicación o la comunicación es un efecto colateral del dolor?

¿Para comunicarse nos causan dolor o para causar dolor no les queda otro remedio que comunicarse?

No lo sabemos.

Cuando deseamos causarles dolor les hablamos, aunque no queramos. Y, por supuesto, también funciona al revés.

Podemos comunicarnos con un *A/* con solo desearlo, pero el truco es desearlo mucho y en forma concentrada. Hay que poner empeño e imaginación. No es cuestión de pensar “*me comunico*” y, acto seguido, transmitirle todo nuestro conocimiento. Hay que imaginar palabra por palabra. En realidad, hay que imaginar lo que representa cada palabra y armar rigurosamente la cadena de palabras. Entonces, solo entonces, el *A/* va a entender y, “colateralmente”, a sufrir. Aunque no queramos.

No, no es que no queramos. Nos gusta que sufran.

Personalmente, a mí me gusta muchísimo.

En los momentos que estamos juntos, disfruto enormemente haciéndolo sufrir. Tenemos una sesión de horrible sufrimiento y comunicación mutua a la mañana y otra a la tarde, casi al anochecer.

Aprendemos muchas cosas el uno del otro.

09/05

Los *AI* no tienen historia. Es decir, no se molestan en registrar su pasado. Les sorprende nuestra insistencia en dividir los sucesos en un orden temporal. “*Todo fue y será igual*”, parece ser su lema.

Esta falta de historia propia generó muchas especulaciones. Están los que sostienen que los *AI* no son alienígenas. Los más osados proponen que son el resultado de una proyección colectiva.

Para estos especuladores, la Humanidad entera puso afuera su Inconsciente y ahora, Consciente e Inconsciente se relacionan de esta nueva manera. El dolor sería el camino común para entenderse y así andaríamos, sostienen estos teóricos, sufriendo mutuamente sin siquiera darnos cuenta.

Suena muy freudiano y atento a que Freud pasó de moda, se trata de una postura que no tiene gran consenso.

Tal vez esa es la razón por la que me gusta.

16/05

Seis semanas van...y tratamos de seguir en la diaria rutina, como si no pasará nada.

Por lo menos, los que quedamos vivos.

La primera semana hubo muchos suicidios, sin contar los muchísimos que murieron al tocar a su *AI*. Ahora bajaron los muertos y sube sin cesar el número de locos.

“Locos” ... que palabra poco científica para alguien que supo ser psicólogo.

23/05

Casi no salgo de casa. Ahora la cosa está mejor. La costumbre logra resultados sorprendentes.

No sabemos qué hacer con los *AI*, entonces hacemos como que no están. Más o menos se logra, salvo dos veces por día, a la mañana y a la tarde, casi al anochecer, momentos donde cada humano y cada *AI* tienen su sesión de horrible sufrimiento mutuo y comunicación.

02/06

La idea de Inconsciente Colectivo era equivalente al concepto que ellos tenían del Universo, me informó mi *AI*, apenas iniciada la sesión matutina, retorciendo mis intestinos hasta hacerme llorar. Lo abrí lentamente en canal diciéndole que para nosotros no es más que un postulado, planteado por un suizo llamado Carl Jung, primero discípulo y luego rival del mencionado Freud.

La puntada cerca del riñón me arranca un alarido pero me informa abundantemente, antes de desmayarme.

02/06

Vamos con el Alma a cuestas
Con el Alma desprendida
Que se arrastra al lado nuestro
Y eso duele
Y eso le duele
Vamos llorando juntos
Pero Separados
Carne y Alma, el mismo grito

Alma y Carne...

Lo escribí apenas me desperté, aterrado por la posibilidad de que las palabras se borren como se desvanecen los sueños.

Después pensé por horas:

“¿Y si no hubiera ninguna especie alienígena?”

¿Y si nos habíamos desdoblado? (Carne y Alma)

¿Y si cada Al fuera el Alma desprendida de cada uno de nosotros?

¿Y si ninguna de las dos partes supiera lo que le estaba pasando?

¿Y si no es la muerte lo que viene cuando uno se toca con su Al...?

UNIVERSO = ANIMA MUNDI = INCONSCIENTE COLECTIVO

¡Bendito seas, Jung!

Era una posibilidad.

Había que comprobarla.

Podía justificarme diciendo que la inminente sesión de la tarde iba a ser muy dolorosa y yo ya no tenía ganas de sufrir. Era una explicación tan válida como decir que quería comprobar mi teoría. O tan buena como decir que ya no me importaba la muerte.

¿02/06?

Me abalancé sobre mi *Al* y, ¡sorpresa!, no sentí dolor. No puedo asegurar que lo toqué, pero aquí estoy. En realidad, no sé dónde estoy. No donde estaba, eso es lo único seguro.

¿Esto es la muerte?

No me importa.

Solo sé que mi cuerpo, más verde calipso que nunca, repta muy despacio, amorosamente entrelazado con todos los otros verdes: aceitunado, cetrino, glauco, esmeralda, verdemar, pistacho, lima, pasto, verde manzana, y un gran etcétera.

© Jorge Oscar Rossi, 2013

~~

LOS DIAS DE LA TREGUA

(En homenaje a Philip K. Dick y, en especial, a su cuento «Planeta de Paso» (Planet for Transients), que fuera publicado en 1953.)

Las algas se retiraron y con ellas se fueron los arrancadedos. Así lo avisaron. El pronóstico fue de tres días despejados, al menos, pero puede fallar, así que no es cuestión de desperdiciar tiempo.

Todos salimos a mirar el mar de cerca y la mayoría se preparó a nadar, aprovechando los días de la tregua. Los chicos no, claro. Los muy viejos tampoco. Y los alérgicos, menos, pero no somos muchos.

Así que la mayoría se dio las inyecciones y corrió al agua. El mar resplandecía y las olas rugían y los olores... los olores a sal, a cuasipeces, a gaviotas y a cosas que ni sabíamos nombrar, los olores nos envolvían y nos mareaban y nos asombraban.

Debíamos disfrutar de la Naturaleza cuando ella nos daba tregua. Era nuestro derecho y nuestro deber.

Algunos caminábamos y aquellos corrían y otros saltaban y otros rodaban con sus carritos por la playa, bajo un sol que hoy solo calentaba 35 grados. Cuando hace menos de 40 las algas se retiran de la costa. Claro que casi nunca hace menos de 40 en invierno.

Las burbujas, en cambio, siempre están en el mar, pero con las inyecciones la mayoría puede nadar o flotar o chapotear entre las olas sin morirse y sin graves daños. Por supuesto que se producían muchos casos de quemaduras y fiebre alta, pero nadie se muere por eso. Con los chicos las inyecciones no son seguras y con los muy viejos tampoco, en especial si pasaron por varios cánceres de piel. A los alérgicos no les sirven, justamente porque son alérgicos. Es decir, no los pueden inyectar porque se mueren.

Como siempre, muchos de los de Adentro, los que no son de la costa, quieren venir y meterse en el mar. Pero es nuestro mar, así que no los dejamos. Y si las barreras pasivas no los matan, entonces los matamos con nuestros Asistentes. Ellos, los de Adentro, son mas, pero no tienen Asistentes. Desventajas de no-ser-nosotros. Generamos mucho por nuestras casas y por vivir en la costa. La Naturaleza no es para cualquiera.

“La Humonidad tiene que ganarse el derecho y el deber de vivir la Naturaleza”.

En la playa, estamos bañados en sudor y sé que olemos mal, pero llegamos al mar y el mar lo vale.

No recuerdo la última vez que pise la arena. No me gusta ver mis pies, ni mis piernas, ni mis brazos ni mi panza. No somos como debemos, según los buenos y viejos estándares. Me avergüenza verme a espejo aunque, si otros me preguntan les diré que estoy muy complacido con mi cuerpo de humonido perfecto.

Estos días sin generar me costaran una fortuna, pero el mar lo vale. Recuperaré mi cuota de generación suprimiendo sueño tres semanas.

No somos como debemos, según los viejos y buenos estándares. El mar no tendría que estar repleto de algas y los arrancadedos y los cuasipeces no deberían existir. Tampoco las burbujas, si vamos al caso. Y debiera haber árboles, arboles con troncos, quiero decir. El cielo no tendría que verse casi plateado durante el día y se supone que a la noche reina la oscuridad, oscuridad sin ninguna fosforescencia, ni verdosa ni azulada. Los estándares también marcan que, por mi altura, mi peso correcto está en los 75 kilos, aunque yo peso 180. Berinio, uno de mis compañeros de casa, pesa 220 y no me llega a los hombros.

Los buenos y viejos estándares dicen muchas cosas, cosas que todos sabemos de memoria.

En la Humonidad todos creemos firmemente que algún día, pronto, volveremos, nosotros y el mundo todo, a los buenos y viejos estándares.

Falso.

Falso.

Falso de toda falsedad, pero si otros me preguntan, diré que es absoluta e indiscutiblemente verdadero.

La verdad es que en la Humonidad todos decimos que creemos firmemente que algún día, pronto, volveremos, nosotros y el mundo todo, a los buenos y viejos estándares.

Por lo menos, ese es mi caso y estoy convencido que con los demás es igual.

Por suerte no soy alérgico a las inyecciones que nos damos para poder estar afuera, porque sino ni siquiera podría estar cerca del mar. ¿Les dije que soy alérgico a las inyecciones que nos protegen del veneno de las burbujas? Supongo que olvidé contarlo porque es algo que me duele mucho.

Nunca pude nadar en el mar. Solo recuerdo lo que recordaba mi bisabuelo, que ya era humonido, y él no era un amante del mar como, por ejemplo, el tatarabuelo de Birinio, que todavía era humano.

Recién cuando mi padre murió del cáncer previsto y me licuaron su memoria entendí porque siempre, hasta cuando era joven, me pareció, mi padre, un viejo. Una vez terminado el licuado y ya con su memoria y la de mi abuelo, yo también me sentí y me vi tan viejo como él.

Pero, con el licuado, “la Humonidad mantiene la Tradición y no perdemos el contacto con nuestras raíces”.

Con la licuación supe y viví que cuando era un niño, mi abuelo se quejaba de que, algunas semanas al año, solo podía andar por la calle con máscara y cubierto de crema antisol de pie a cabeza.

También supe y viví que, cuando era un niño, mi padre se quejaba de que solo podía andar por la calle unas pocas semanas al año, con máscara y cubierto de crema antisol de pie a cabeza.

Pero no se tenían que dar inyecciones, así que no sé de qué se quejaban.

El licuado, cuando está bien hecho, no provoca pérdida de identidad. Si hay algo que tengo claro es que recuerdos son de mi abuelo, cuales pertenecían a mi padre y cuales son originariamente míos.

Por ejemplo, el olor de los pinos.

En épocas de mi abuelo, donde terminaba la línea de médanos aún se podían ver, y oler, los pinos. No eran grandes ejemplares (he visto imágenes muchísimo mejores) y estaban bastante lejos de los buenos y viejos estándares, pero ahí estaban.

El recuerdo de su aroma me hace llorar cada vez que estoy afuera y hoy no es la excepción.

Mi Asistente me levanta del suelo y me limpia la baba y las lágrimas. Quiero seguir llorando, pero no me deja.

El olor de los pinos... ¿estos pinos?... ¿esos pinos? Para los estándares, ¿esta cosa azulada es un pino? ...el ruido de las olas...el olor a sal...

Mi Asistente me tiene que sostener y no soy el único. Los Asistentes son fuertes. Fueron diseñados para verse como eran los humanos, según los estándares, así que son altos, delgados y musculosos. Incluso unos tienen forma de hombre y otros de mujeres, tal como eran los humanos.

Los Asistentes fueron creados así para que su imagen sirva como un permanente recordatorio de la Humanidad para la Humonidad, suele decirse.

Berinio no quiso salir esta vez. Dice que quiere dejarse morir, como hicieron su tatarabuelo, su bisabuelo, su abuelo y su padre. Dice que quiere seguir su tradición y dejarse morir en la cama. Solo que esta vez nadie se licuara con él, porque fue su voluntad no generar hijos. No quiso mezclar su líquido con el mío ni con el de los otros compañeros de la casa.

Su final será total y definitivo.

Tal vez por eso no fue mi voluntad quedarme con él, sino que imité a los otros compañeros de la casa y ahora estoy en la orilla, viendo como decenas, quizás hasta cien, entran al agua. Algunos, los más osados, sin sus Asistentes.

Antes eran miles los que nadaban en una playa como esta.

Pero ahora no hay miles. Apenas somos un par de cientos de humonidos en esta costa que cada vez parece menos nuestra.

Dicen que los de Adentro pueden nadar sin inyecciones y que las algas no les afectan. Incluso se las comen, si tienen oportunidad. Dicen que su olor ahuyenta a los arrancadedos.

Bueno, tampoco tienen dedos.

Ellos ya no tienen nada que ver con los estándares, ni creo que sepan que son los estándares.

“En la Humonidad todos creemos firmemente que algún día, pronto, volveremos, nosotros y el mundo todo, a los buenos y viejos estándares.

Falso.

Falso.

Falso de toda falsedad, pero si otros me preguntan, diré que es absoluta e indiscutiblemente verdadero.”

La verdad es que nos estamos muriendo, y una vez que la Humonidad esté muerta, el mundo seguirá sin nosotros, porque nuestro tiempo está pasando.

No hay Victoria en esta guerra. Apenas días de tregua, como este, donde podemos pisar la playa y, algunos, nadar. Le digo a mi Asistente que me alce en sus brazos. Ya conté que son muy fuertes. No puedo correr al mar, así que el correrá conmigo hasta que no pueda hacer pie, hasta que las aguas nos tapen y las burbujas me quemen, ... hasta que no pueda volver a oler los pinos de mi abuelo, ni oír el ruido de las olas...

© Jorge Oscar Rossi, Julio de 2015

~~

LOS NEGROS PERROS CALLEJEROS

Cuando se acabó la AVI, los perros salieron de los pozos y quemaron y rompieron y violaron y mataron todo lo que pudieron; y nosotros miramos, gritamos y lloramos como las pobres tristes personas de siempre.

No sé si tengo miedo por ser un viejo de ciento tres años o porque soy un cobarde.

El piso 30 me protege y me sirve de grandioso mirador de la grandiosa destrucción perpetrada por los negros perros callejeros.

Mi Asistente me sobrecoge con sus Muestras y la Cargacaliente hierve de calentura, ansiosa por Descarga.

La luz parpadea y se apaga. Son solo tres minutos que malgasto gritando de furia y quejándome por mi desgraciada vida. La vuelta de la luz me encuentra sudado y tembloroso.

No hay contactos ni Descarga para la Cargacaliente; y su calentura me explota en la frente y me late en las sienes.

Tomo agua verde para calmarme, mientras me preparo para el contacto, cuando la oscuridad vuelve.

No hay contacto ni Descarga y sin Descarga solo hay carga y más carga.

La Cargacaliente hervía y se contoneaba desnuda, exigiendo orgasmos y sexo violento, cargándose más y más...hasta que reventé.

Desperté desnudo, solo para aullar de dolor, con la entrepierna en llamas.

No sé qué me había hecho, pero la mancha de sangre en la pared me daba una idea.

“Ciento tres años con geriovitales es otra vida”, me murmuró la Cargacaliente más de una vez...y debe ser así, por la forma en que había frotado mi cosa de machoviril contra la pared.

La Cargacaliente dormía, tranquila, la muy puta, después de haberme hecho mierda. Esta vez el corte fue más largo, cuarenta minutos y se nota que no lo pude soportar. Agua verde, harina rosa, humo celeste, nada me calma lo suficiente.

Mi Asistente gritó a Emergenc, pero nadie vino. Los perros están rompiendo todo, allá abajo.

Me curo mi cosa de machoviril como puedo, me pongo una bata y salgo al pasillo, a ver a los vecinos. Nadie me contesta. La Cargacaliente los estará exigiendo, como a mí. O estarán desmayados o saliendo del desmayo, o temblando, o llorando.

Mi Asistente recomienda Descarga en los próximos treinta minutos, así que bajo dos pisos, solo para confirmar que ningún Vecino me atiende. Vuelvo a casa al filo del límite de la Descarga. No puedo volver a reventar.

Me conecto y entro en la orgía de orgasmos y sexo violento, gritando, gimiendo, aullando, golpeando, penetrando, dando y recibiendo más y más hasta quedar completamente drenado. Me desconecto para certificar que estoy saludablemente bañado en sudor y relajado.

Ahora sí: ¿Que estarán haciendo los perros?

NO PRODUCTIVO: COMPENSAR = NPC = NEGRO PERRO CALLEJERO

“Son las víctimas del sistema y deben ser indemnizados, con la Asistencia Voluntaria Integradora (AVI), dice la publicidad oficial”. Les damos avi para que no rompan todo, decíamos, muy risueños.

Sin Cargacaliente, recuerdo:

De un lado los cruzados, con banderas y con armas pesadas, con la Cruz omnipresente, tatuada a fuego en la frente, en el pecho, en las manos y en los pies.

De otro los muslines, tan fanáticos, armados y tatuados como los cruzados, sólo que la Media Luna reemplaza a la Cruz.

En el medio, los pasivos, como yo, encerrados en los barrios y, afuera, desesperados de hambre, los negros perros callejeros.

¿Cómo era? ...» Ave María, llena eres de gracia...»

¿Cuándo fue?... diez, quince, veinte, treinta años...

¿Cuántos eran?... ochenta, cien, ciento veinte chicos y chicas de doce, trece, quince años, orando a todo pulmón, con banderas con cruces y el nombre del Colegio... algo de la Inmaculada Concepción...tal vez

Marchaban en tres filas por esa calle de barrio de gente de plata, controlados por las maestras o profesoras.

Se quedó paralizado, mirándolos...y tuvo una visión... Ese era el futuro horrible que les esperaba, era el futuro que se habían sabido conseguir.

La Cargacaliente regresa, suave, insinuante, puta, amorosa, dolorosa. Crece dentro mío.

«Los droides putos de los pasivos nos están haciendo mierda», hubiera pensado Sugo, si tuviera capacidad para articular un pensamiento tan largo. Más bien pensó/sintió furia/dolor/odio porque los droides de los pasivos los estaban destrozando. Los pedazos de Etor, compañero de jauría de Sugo, lo testificaban.

Sugo logró llegar al acceso de uno de los baprivs pasivos y trataba de romper la entrada a fierrazo limpio.

Tenía hambre, además de furia. De tener una precisa noción de tiempo, sabría que los pasivos no habían tirado comida al pozo en la última semana.

Por eso salieron a reventar los baprivs y a matar pasivos.

Sugo entendía los ladridos de sus compañeros de jauría. Un pasivo especializado en ciencias sociales explicaría que esos ladridos eran en realidad un dialecto de los perros, pero eso a Sugo no podía importarle menos.

Lo único que sabía es que no tenía la menor idea de lo que le estaba ladrando el droide que lo había dejado paralizado, tirado, meandose y cegándose encima sin poder hacer nada más que tratar de no ahogarse en su propio vomito. De tener memoria a largo plazo, recordaría que no era la primera vez.

El droide le ordenaba que permaneciera en el piso, listo para ser detenido, pero lo hacía en un dialecto incomprendible para la jauría de Sugo, tal vez porque los de su pozo nunca habían llegado tan lejos.

Algunos compañeros de jauría derribaron al droide a fierrazos y arremetieron contra la entrada para ser despedazados por otros droides.

Para Sugo, el resultado de todo esto es que pudo escapar, mientras luchaba por controlar los vómitos.

«Comida», ladraron algunos de los de su jauría, y no se necesitaba mucho aviso porque las cajas caían aquí y allá.

Los droides dejaron de perseguirlos y de matarlos cuando ellos, los perros, se dedicaron a escapar con las cajas. Ni siquiera los siguieron a los pozos.

El cartón de Sugo era tan sucio y mínimo como los otros. Apenas cabían, él y los suyos. Ahora sus crías y su hembra andarían por algún lado.

Abrió la caja y solo ver la comida y la bebida y...la ropa, lo puso feliz.

Ropa.

Necesitaba ropa porque la que tenía puesta estaba rota, cagada y meada.

«El Gobierno pensaba en todo», era una ironía que Sugo no estaba en condiciones de formular.

En cambio, Sugo estaba feliz...yapestaba.

Ahora que no tenía miedo, el hedor a mierda y a meo lo llevó al charco del pozo, donde una centena de perros se revolcaba alegremente.

Muy alto, los droides aéreos verificaban que el montón de cartones unifamiliares que rodeaba el enorme charco de agua semiestancada se encontraba en paz.

La situación se repetía en todos los pozos del sector.

Arrodillado frente a la gran Cruz del Altar Mayor, Gabriel se ajustó el cilicio hasta el límite de lo tolerable.

Ya cubierto con la túnica blanca, permaneció de rodillas, rezando a la Inmaculada, al Cristo Sufriente, al Hermano Arcángel, pidiéndoles perdón por los pecados y por la debilidad de la carne frente a la Cargacaliente; así como ayuda y guía para acabar con los inicuos, con los malos, los desviados, los perversos, los que ofenden al Padre y a la Santa Cruz...

El ruido de tacones lo sobresaltó. Furioso, giró la cabeza para saber quién lo interrumpía.

La firme mirada de Lucas, su ayudante, le indicó que se trataba de algo importante.

– Los negros volvieron a los pozos – se limitó a decir, guardando la posición de firmes.

Con trece años, a Lucas todavía le costaba tapar el pecado de vanidad, por el orgullo que sentía en exhibir sus cruces grabadas a fuego en la frente y las mejillas. Gabriel ya era un Cruzado pronto a cumplir diecisiete años y estaba acostumbrado a sus Símbolos, a sus flagelaciones y a todo lo que fuera honrar al Cristo Sufriente.

– ¿Hay Cruz en la calle?

– No, Hermano, pero va haber – le respondió Lucas, casi sin vacilar.

Gabriel se volvió hacia el Altar, se santiguó con estudiada lentitud y se puso en pie.

Era hora de matar mucho y bien.

Yussuf caminaba por el pozo, fingiéndose un perro.

Las chozas de los infieles inhumanos, perros infieles, se desparramaban a un lado y otro.

«Pozo de inmundicia...pozo de fuego», pensó.

Los perros ladraban, como siempre. Parecían contentos por la comida. Ya no recordaban la batalla con los droides. Comida y ropa, ropa y comida, no querían más, no soportaban menos.

Eran impuros de toda impureza.

Eran impuros...impuros...todos eran impuros...todos debían morir. Era lo único que importaba en la vida y en la muerte de Yussuf. Había sido generado para ir al Paraíso, luego del fuego purificador.

Se detonó en el centro mismo del Pozo y el fuego se esparció en oleadas hasta quemar todo y a todos, mientras los perros chillaban y morían y los droides aéreos grababan.

«La protesta cesó...la protesta cesó...la protesta cesó», tranquiliza la Descarga. Lluven datos calmantes y optimistas.

«Seguimos felices», pienso.

Silana quiere mezcla y le doy. Es hermosa, tal como la conozco. Hermosa, exuberante y refinada Hembra/Macho. Ella me conoce hermoso, también. Hermoso, exuberante y refinado Macho/Hembra. La Descarga nos mezcla hace años (9322 días, me dice)

Me pregunta por los perros, aunque sabe lo mismo que yo: los perros están, viven, comen, matan y mueren y eso es lo único que sabemos.

Me pregunta por los Cruzados, aunque sabe lo mismo que yo: los Cruzados matan muslimes, matan perros y, cuando logran Conversiones, matan pasivos. A mis ciento tres años sé eso y a sus ochenta y cinco, Silana también lo sabe.

Sabemos todo lo que la Descarga nos hace saber.

Me desconecto, aliviado; y compruebo que mi cosa de machoviril está bastante mejor. Mi Asistente me recuerda la próxima dosis de geriovitales. Me la meto mientras miro por el balcón, aunque no hay mucho para ver.

Con la cara pegada al piso, echado cuan largo era y con los brazos extendidos como alas desplegadas a ambos lados del cuerpo, Yoloo escuchaba.

– Rechazarás la Cargacaliente y la Descarga para siempre

– Las rechazo

– Abrazarás a la Inmaculada, al Cristo Sufriente, al Hermano Arcángel, pidiéndoles perdón por los pecados y por la debilidad de la carne frente a la Cargacaliente, también les pedirás ayuda y guía para acabar con los inicuos, con los malos, los desviados, los perversos, los que ofenden al Padre y a la Santa Cruz

– Los abrazo y les pido

– Nos darás la prueba

– La daré

– Así sea o serás maldito

– Será así

Yoloo, el que iba a ser Juan, permaneció en la misma posición tanto tiempo como el que necesitó para estar seguro de su soledad. Entonces, se levantó, temblando de emoción y miedo. Todo permanecía casi igual en su hogar, en ese piso 27 del bapriv que compartía con no sabía cuántos pasivos.

Vio lo que ellos le habían dejado.

Era el tiempo de la Prueba.

Era el turno de un torneo entre Cruzados y Muslines, anunciaba la Descarga.

“La Libertad de Culto y Expresión solo ceden ante la protección de los ciudadanos”, dice la publicidad oficial. Los dejamos hacerse mierda entre ellos para que no nos revienten, acotábamos, muy divertidos.

Cruzados y Muslines se mataban oldestilo, con espadas y cimitarras, con hachas y lanzas, con cuchillos y sables. Era lindo y calmante verlos gritar, sufrir y morir.

El campo de batalla quedó adecuadamente sembrado de cadáveres mutilados. La banda de Cruzados ganó, informó la Descarga.

Los perros aprovecharon para saquear los restos y patear cabezas. Les divertía jugar con cabezas decapitadas.

Lucas había perdido un brazo, cortado a la altura del codo. Se desangraba bastante rápido mientras miraba como los perros jugaban con la cabeza de Gabriel. Habían matado mucho y bien, para Gloria de la Inmaculada, el Cristo Sufriente y el Hermano Arcángel. Con trece años, le costaba tapar el pecado de vanidad y moría pensando en la Gloria que se merecía.

Sugo no estaba para esperas. El dolor de las quemaduras lo enceguecía y solo se calmaba un poco cuando gritaba, corría y saqueaba. No tenía cartón, ni crías ni hembra. Apenas quedaba algo del Pozo, después del Ruido y del Fuego. No es que se acordara de eso, o tal vez sí. Tal vez había algo más que el dolor de las quemaduras en esa furia con la que le arrancó la ropa a manotazos, y le destrozó a garganta a mordiscones a ese que estaba dejando de ser Lucas.

Lo que quedaba de su jauría se había retirado, mientras Sugo aullaba su furia a los droides que, bien alto, vigilaban que nadie quisiera atacar el bapriv de esa zona.

“La Libertad de Culto y Expresión solo ceden ante la protección de los ciudadanos”.

Yoloo, el que iba a ser Juan, dejó su bapriv por primera vez en veinte años, pese a los gritos de advertencia de su Asistente. Siguió las instrucciones de sus futuros Hermanos y se alejó quinientos exactos pasos, tropezando a través

del descampado. Tendría que acostumbrarse a caminar en esos suelos pedregosos, a respirar aire sucio y a sentir calor. Estaba contento.

La explosión del que fue su bapriv llegó a su paso quinientos. Lo que le habían dejado sus ahora Hermanos era algo poderoso, como la Inmaculada, el Cristo Sufriente y el Hermano Arcángel. Le habían ordenado que despertara su Poder y Él, Juan, el que una vez fue Yoloo, había cumplido.

La Cargacaliente se le insinuaba. «Ave María, llena eres de gracia...», entonaba Juan, mientras iba en busca de sus Hermanos; «...y al Cristo Sufriente y al Hermano Arcángel les pido perdón por los pecados y por la debilidad de la carne frente a la Cargacaliente, y les pido ayuda y guía para acabar con los inicuos, con los malos, los desviados, los perversos, los que ofenden al Padre y a la Santa Cruz...»

Treinta y siete Cruzados contra cincuenta y dos musulimes. Después que los perros acabaran lo suyo, los droides se ocuparían de limpiar lo que quedara de esos ochenta y nueve cadáveres.

“Todos tienen Descarga, según su preferencia y posibilidad”, dice la publicidad oficial. Los dejamos hacerse mierda entre ellos para que no nos destrocen, insistimos, muy contentos.

El Bapriv donde vivía Silana reventó, me informa la Descarga. No hay sobrevivientes. No habrá más mezcla con ella, hermosa, exuberante y refinada Hembra/Macho. La Descarga nos mezclaba hace años (9323 días, me dice)

“No hay peligro en tu bapriv, no hay peligro en tu bapriv”, tranquiliza la Descarga. Llueven datos calmantes y optimistas.

Me desconecto, aliviado; y compruebo que mi cosa de machoviril está curada.

Mi Asistente me recuerda la próxima dosis de geriovitales. Me la meto mientras miro por el balcón, aunque no hay mucho para ver.

«Seguimos felices», pienso.

© Jorge Oscar Rossi, 2020

~~

Liter Área Fantástica nació en el año 2000, con el objetivo de generar un espacio para todos aquellos que gusten de la Literatura de Ciencia Ficción, Fantasía y Terror.

Volvimos, con nuevo diseño, luego de una década de hibernación,

Aquí encontrarán **cuentos** y **artículos** de mi autoría, escritos a lo largo de más de veinte años.

<http://literareafantastica.com.ar/>

